

La Ilustración Artística

Año XXI

BARCELONA 11 DE AGOSTO DE 1902

Núm. 1.076



Una partida empenada, cuadro de Joaquín Agrassot. (Salón Parés.)



La entrada del pueblo, cuadro de Joaquín Agrassot. (Salón Parés.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Parlamentarismo*, por Emilia Pardo Bazán. — *Juan el bueno (Cuento de antaño)*, por F. Moreno Godino. — *República Argentina. Buenos Aires. Undécima Exposición Artal de pintura española contemporánea*, por Justo Solsona. — *La última canción*, por Ramiro Sierra. — *Nuestros grabados. — Problema de ajedrez. — Via libre*, novela ilustrada (continuación). — *Industria artística moderna. Planchitas en relieve de Alejandro Charpentier*, por Z. — *Desarrollo de la instrucción técnica en Alemania*, por X. — Libros, periódicos y revistas enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Una partida empeñada. — La entrada del pueblo*, cuadros de Joaquín Agrasot. — Dibujos de Azpiazu que ilustran el artículo titulado *Juan el bueno. — Junto a la fuente*, cuadro de F. Stuck. — *Mi modelo*, por Raimundo Madrazo. — *A orillas del Manzanares*, cuadro de Francisco Domingo. — *Estatua de Apolo y verja de bronce de la «Loggetta» de Sansovino de Venecia. — En la playa*, cuadro de H. Gervex. — *En pleno estío*, cuadro de Mlle. Svana Kobilca. — *Manuel Herrmann. — La locomotora más rápida del mundo. — Planchitas en bronce fundido de Alejandro Charpentier. — El duelo*, cuadro de T. Couture.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PARLAMENTARISMO

Ha sido estos días la actualidad, y lo es aún, por los subsiguientes *meetings*, el Congreso católico celebrado en Santiago de Compostela. Y ante todo, recordemos que sería imposible idear ciudad más sugestiva, ó como dicen algunos escritores modernistas, más *sugerente*, para una solemnidad de esa índole.

Santiago de Compostela es pueblo cuya substancia íntima la forman sus recuerdos y su borrada grandeza. Cuando el autor de *Brujas la muerta* se propuso demostrar que las ciudades imprimen carácter á los que en ellas habitan y que el alma de las piedras se comunica al hombre, no pensó en Santiago, porque no la conocía; pero si conociese Rodenbach la vieja metrópoli de la Edad Media española y pudiese estudiar cómo en su recinto se desarrolla la vida, encontraría la tesis plenamente demostrada, no por un solo hecho saliente, sino por la enlazada serie de los hechos de cada momento y de todas las horas, los días, las semanas, los meses, los años, que no parecen transcurrir, para Santiago, en lo que se refiere á infusiones del nuevo espíritu.

* *

Y añadiré que el libro de Rodenbach no muestra bien el carácter de esos pueblos amarrados á la tradición, porque su *Brujas la muerta* es un oasis de paz, donde la unanimidad de criterio se revela en la identidad de ocupaciones y de modos de emplear el tiempo y desenvolver las actividades morales. En *Brujas la muerta*, el triste enamorado de un recuerdo, que es el héroe de la novela, forma una excepción, porque hay en sus costumbres algo de desorden y de aventura romántica; y la ciudad, en cambio, aparece como un lago tranquilo, uno de esos remansos del río en que geométricas y perfiladas se reflejan las sombras de los altos olmos y de los largos puentes. — Mucho se engañaría quien tratase de asimilar, en este concepto, á Compostela con Brujas. La calma de Compostela es engañosa. Compostela es como la Edad Media, en la cual, superficialmente, suele verse una época de unidad, y que estudiada despacio, con documentos y con analítica ojeada, descubre un hervidero de enconadas y violentas pasiones, una madeja inextricable de tendencias opuestas que se disputan el terreno palmo á palmo, y una efervescencia intelectual, origen de investigaciones incesantes, que hacen madurar la ciencia y ejercitarse el pensamiento.

Dormida sólo en apariencia, al abrigo de los seculares muros de sus grandiosos templos y conventos, Compostela *piensa* más que los pueblos fabriles é industriales, donde lo especulativo á nadie preocupa ni importa. Estimula el cerebro aquella inacción corporal, aquella monotonía majestuosa de la existencia que en Compostela se advierte. La tradición, visible en los monumentos, dueña de la ciudad, se presenta como un problema, y fuerzas innovadoras, elementos críticos, actúan é inducen á analizar y discutir. Nunca como en Compostela he visto que apasionasen cuestiones del orden religioso y metafísico; en ninguna parte la neutralidad y el indiferentismo fueron más difíciles de arraigar. Sin

duda que allí, lo mismo que en todas partes, mueren al individuo intereses egoístas; pero hay un soplo, hay corrientes, hay ambiente para los problemas que en el día propendemos á arrinconar y que son, sin embargo y bien mirados, de más noble filiación que los sociales. Estos se derivan de la economía, de la necesidad material; los otros, de la intelectualidad y el sentimiento.

* *

Como á veces las corrientes generales y avasalladoras nos dictan una protesta, á los que sentimos alguna vocación artística; como no sólo de pan se vive, encuentro que somos injustos con Bizancio al echarle en cara sus disputas teológicas, y que seríamos ininteligentes al extrañar que Compostela se haya alborotado y se alborote aún por lo que nada tiene que ver con los sindicatos agrícolas, la jornada de ocho horas, el trabajo de las mujeres y los niños, etcétera. En Compostela recuerdo que las ceremonias del culto, los ritos en ciertas funciones, los dispendios de cabildo y arzobispo, la forma de una barandilla de la catedral, traían revuelto al pueblo. No sé si esto era muy trascendental; sé que en una ciudad más práctica, cuajada de fábricas, con docks y muchos tranvías de vapor, nadie se preocuparía de ello; pero en cambio la calidad del algodón ó la elevación de una tarifa nos traerían vuellos locos. Por lo menos, en lo que agitaba á Compostela, cuando yo vivía allí, se discernía algo de pintoresco y de romántico, que removía, en todos los circunstancias, el sedimento del pasado, el peso de la historia. Y la mejor parte de mí misma encontraba mayor goce en esto que en los algodones y las tarifas y la resistencia al producto extranjero.

* *

Y ¡qué telón de fondo, qué marco maravilloso, para un Congreso católico, el que Compostela ofrece! Como la casa antigua y señorial que no necesita adornarse con *bibelots* ni derrochar coquetería para manifestar su grandeza, bastándole abrir la puerta y mostrar los tesoros que acumuló el tiempo, Compostela no ha menester sino decir: «Aquí estoy, ved lo que fué y lo que aún sigo siendo, porque mi gloria se ha desvanecido, pero sus testimonios perduran.»

Si hay un nombre expresivo para España, es el de *Santiago*. Cada letra de ese nombre es un siglo de historia. Con él rechazamos al Africa; con él atrajimos á Europa, haciendo competencia á las Cruzadas. Ese sepulcro jacobeo fué para nosotros manantial de vida. Observadlo: desde que se cierra el período de las peregrinaciones á Compostela, ciérrase también España, se repliega sobre sí misma — como una gran flor enferma que languidece — y surge nuestro aislamiento y nos vamos desviando del resto del mundo. Quien nos comunicaba con él era Santiago Apóstol. Hoy, que poseemos ferrocarriles (no muchos), vienen á España menos «francos, britanos, dinamarqueses, teutones,» que allá cuando en la catedral compostelana había confesores para administrar, en todos estos idiomas, el Sacramento de la penitencia. Hoy nuestro dinero pierde el 38 por 100. Entonces tenía Santiago su cofradía de *Caballeros cambiadores*.

* *

Si, el Congreso Católico estuvo allí en su atmósfera natural. En cuanto á los resultados de ese Congreso, sería prematuro lo que pudiera decirse. Acaso — y en tal hipótesis disiento de la opinión general — sea éste más provechoso que los anteriores. Dos buenos síntomas peculiares de él son la tendencia á reprobar la intrusión de la política en las cuestiones religiosas y la atención consagrada á las sociales. No cabe duda: hace cinco años *todavía* no se pensaba así, y si se pensaba, no se decía muy alto. Estas influencias sanas vienen de Europa: son otras peregrinas que, esclavina al hombro, bordón en paño, llegan de Italia, del Vaticano, llegan de Bélgica, llegan de Alemania... y también de más lejos, de los países nuevos, democráticos, donde el catolicismo brota fuerte, libre y sin *oidium* ni *mildew*, como las cepas americanas, jóvenes. Aquí el *oidium* y el *mildew*, fatales á la viña del Señor, son esos partidos políticos que hacen suyo solo lo que es de todos cuantos recibieron el agua y escucharon la palabra de vida. Cien años de desgarramientos profundos y convulsiones de epilepsia furiosa ha sufrido España, por culpa de esos exclusivismos dementes, empeñados en realizar el milagro de Josué, pero no con el sol, pues lo que intentaban detener, para que alumbrase con perpetuas claridades de nostalgia nuestro cielo,

era la luna, era el astro de la noche y de las apariciones fantásticas.

* *

No puede, sin embargo, considerarse este Congreso verdadero recuento de las fuerzas de que dispone en España el catolicismo. Si en la lista de los congresistas encontramos nombres respetables, otros se echan de menos, y señalan un hueco que desde lejos se ve. — Han brillado por su ausencia del Congreso Católico — á lo que puedo recordar ahora, y si me equivoco en algún punto queda rectificado el involuntario error — el entendido marqués de Cerralbo; el doctísimo Gil Robles; Menéndez y Pelayo; los novelistas Padre Coloma y Pereda; el insigne publicista Arturo Campión; varios Agustinos del colegio del Escorial que tienen cartel y nombre; el muy excelente cardenal Sancha; el abad de la colegiata de la Coruña, polemista notable; el eruditísimo Hinojosa; el eminente estadista D. Antonio Maura, personalidades todas significadas en sentido católico, y que por la misma diversidad de sus aptitudes y tendencias darían al Congreso un matiz y un relieve singular, sin que hablemos de otras muchas que en este instante no acuden á mi memoria, pero que con algo más de tiempo y reflexión acudirían, y prescindiendo de las abstenciones sistemáticas de políticos como Mella y Nocedal. — Y no deja de ser curioso, á título de observación, que en el día la forma parlamentaria, tan maldecida y reprobada por los elementos que han alardeado oficialmente de católicos en el mundo entero, venga á ser la que adoptan de preferencia esos mismos elementos para comunicarse y reconocerse, afiliarse, estrechar sus lazos de unión, concertar sus planes de porvenir, adoptar sus acuerdos, formular homenajes y ovaciones á sus figuras relevantes, y demostrar sus condiciones retóricas — ni más ni menos que lo que pasa en el hemiciclo del Palacio aquel de Madrid á cuya puerta se inmovilizan dos leones y en cuyas sesiones hacen la guardia dos maceros y en cuyos pasillos se fragua la impura política...

* *

Y es que nadie, ninguna colectividad sobre todo (el individuo es más dueño de conducirse como le place) puede evitar lo que el tiempo da de sí. — Los que lanzan anatema sobre ateneos y congresos paran en congresistas y ateneístas; el Congreso ocupa el lugar del Concilio, hoy que está definido el dogma y establecida la doctrina... Y los que reprueban con mayor ó menor pesimismo los adelantos de la era moderna — que en ella no son cosa accidental, sino algo esencialísimo, que la caracteriza, — instalan en su casa el teléfono, no viajan en galera ni á lomos de macho, usan y abusan de la prensa periódica sin dejar de considerarla verbalmente «un basurero» y «una sentina,» construyen con cemento portland, se curan por las duchas eléctricas, y tienen en el médico más fe — si á mano viene — que en el confesor...

* *

Santiago de Compostela, sin embargo, es un argumento admirable en pro de la estabilidad de las cosas. Ha cambiado muy poco; aún persiste por dentro y fuera muy semejante á como sería, no precisamente en aquel siglo XII que marca su período de esplendor, pero en el XVII y XVIII, cuando numerosas familias de la más granada nobleza gallega vivían allí con dignidad y ostentación modesta — aunque al parecer estas dos palabras no se hermanen. — Y apenas me doy á imaginarme el Santiago del siglo XVIII, según las referencias que hasta mí han llegado, ya noto, más que las analogías, las transformaciones. Las damas del XVIII vestían de cúbica, llevaban hábito, pero tenían litera, pajes, un escudero que las acompañaba por la calle con espada desenvainada; en sus oratorios había cueros de Córdoba, sabanillas de Flandes, reliquias de Roma y cirios; en su mesa, que bendecían antes de comer, se presentaban sencillos manjares... Las damas de ahora llevan sedas, fulares y sombreros de fantasía; aspiran á saber hacer bien la gallina trufada y el *roastbeef*; salen á la calle sin pompa; rezan en la iglesia... si acaso; encargan á París trapos y moños, y en el Congreso Católico ven un pretexto para sacudir la modorra y pasearse y solazarse una quincena... ¡Ah! El tiempo corre, la rueda gira; cambiamos, mal que nos pese..., y los católicos militantes no aciertan á traernos la Cruzada, ni siquiera la guerra de partidas, y por graciosa ironía de los hechos, nos traen un acontecimiento parlamentario.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Los tres contendientes titubeaban en comenzar la riña

JUAN EL BUENO

(CUENTOS DE ANTAÑO)

I

—¿Por qué no pescas, por qué no cazas? Cualquiera al oírte supondría que eras un mandria sin alientos; tú, el primer ballestero del país, que pones la jara donde pones el ojo; tú, dotado de fuerzas tan extraordinarias que detuviste la cuadriga de la carroza del preboste del rey, á riesgo de que te hubieran atropellado los caballos; tú, que has matado al oso más grande y más fiero que se ha visto en la comarca, ¿qué tienes, por qué estás triste y cabizbajo como un buho en su agujero?

—Mira, madre, si yo socorrí al preboste y maté al oso, fué por hacer el bien. Por lo demás, me repugna matar ni á una hormiga; los ejercicios del campo no son para mí, porque á nada conducen más que á arrastrar una vida miserable. Por otra parte, me da grima verte cargada con tus sesenta y siete años trabajando sin cesar en la casa y lavando ropas ajenas. Así, pues, he determinado irme cuanto antes á Toledo y dedicarme á la profesión que más me guste, para que tú y yo lo pasemos mejor que hasta ahora...

Los interlocutores de este diálogo eran la anciana Petra, llamada Petrona por razón de su corpulencia, y su hijo Juan, conocido con el sobrenombre de *Bueno*, porque éralo en efecto á carta cabal. Tenía Juan diez y nueve años de edad, era guapo y bien formado sobre toda ponderación, y además poseía el don de inspirar simpatías á todo el mundo. Vivían madre é hijo en una casucha propia, situada en la cercanía de Ocaña, y aunque el mancebo había heredado de su padre, antiguo ojeador, cuatrocientas libras tornesas, que administraba el alcalde de Ocaña, el exiguo rédito que producían era motivo de que aquéllos vivieran con mucha estrechez.

Aunque á Petrona le dolía mucho separarse de su hijo, comprendió que éste tenía razón. Además, en su cariño maternal se decía: «Es imposible que mi Juan, tan arrogante mozo, no haga fortuna en el mundo.»

Así, pues, quedó acordado el viaje á Toledo. Juan se llevaría la mitad de la cantidad que el alcalde tenía en su poder, para tomar pie y establecerse del modo más conveniente; y en efecto, una mañana se aseó lo mejor que pudo, empuñó una cachiporra con regatón puntiagudo de hierro, que en sus manos era un arma terrible, y de la que colgó su madre un pañuelo de hierbas con alguna ropa blanca, y enderezó por una senda al lado de Petrona, que le acompañó un trozo de camino. Llegado el momento de separarse, arrodillóse Juan y besó la mano á su madre; ésta le puso ambas sobre la cabeza, lo cual era el signo de bendición en aquel tiempo, y el mancebo siguió andando mientras se enjugaba las lágrimas.

La mañana, por lo hermosa, era de buen augurio. Mediaba el mes de abril, el cielo estaba radiante y el campo verde matizado de margaritas. Los vencejos y las perdices revolaban en lo alto, las golondrinas casi rasaban la tierra y las mariposas blancas de la primavera posábanse en los tomillares, en que abundaba la comarca, para matizarse con los colores del verano.

Juan sentía efluvios de alegría y de esperanza; aunque humilde y modesto como era, no podía substraerse á los ardores y fantasías de la juventud.

La senda por la que caminaba conducía al *Pradillo*, que era una pradera de corta extensión rodeada de castaños de Indias, situada al lado de la *cuesta de Yator*, muy empinada y fragosa. Al aproximarse á este sitio, que tenía que atravesar para volver á tomar la senda, sintió el muchacho un ruido como de espadas que se chocasen, y al desembocar en el *Pradillo* quedóse asombrado, porque vió un hermoso caballo negro tendido sobre la hierba, y dos soldados que acuchillaban á un caballero vestido de negro, que en el preciso momento de llegar Juan cayó al suelo atravesado de una estocada.

—¡Infames!, gritó; ¡dos contra uno!

Y luego, acercándose al caballero, trató de socorrerle. Pero estaba rígido; la muerte había sido instantánea.

—¡Cobardes, asesinos!, ¿por qué habéis matado á ese hombre?, ¿qué os ha hecho?

—Oye, muchacho, agradece á que eres muy joven y muy simpático; pues de no, no hubieras acabado de proferir esos insultos. Este hombre nada nos ha hecho, ni siquiera le conocemos; pero le hemos matado porque se ha resistido.

—Entonces, ¿por qué?..

—No seas impertinente, interrumpió el otro soldado; nosotros somos ostrogodos y ejercemos nuestro oficio.

Juan conocía el significado de la palabra ostrogodo. Los ostrogodos invadieron España; los visigodos, que vinieron después, casi los exterminaron, hasta que á su vez fueron exterminados por los godos, que se apoderaron por completo del país. Pero muchos ostrogodos habíanse salvado refugiándose en cordilleras y sierras, y siguieron siendo aventureros que vendían sus servicios, reuniéndose á veces en cuadrillas para cometer fechorías.

—¿De suerte, dijo Juan, que habéis matado á ese hombre por cuenta ajena?

—¡Claro! Estábamos en las afueras de Toledo, llegóse á nosotros uno al parecer faraute y nos dijo: «¿Queréis ganaros doscientas libras tornesas?—A eso estamos, le contesté yo.—Pues seguid á un hombre que camina hacia la *cuesta Yator*; va vestido de negro, monta un caballo negro y lleva á ancas una mujer. Traedme aquí á esa mujer y os daré esta bolsa con la susodicha cantidad,» y nos enseñó una por entre cuyas mallas asomaba la plata de las monedas. Seguimos al hombre, le alcanzamos á la

bajada de la cuesta, y como has visto, le matamos en la pradera porque se resistió.

—¿Y la mujer?

—¿No la ves ahí tendida en el suelo?

En efecto, había una bajo un árbol, pegada la cara al musgo del prado.

—¿Está muerta también?

—No creo, sino desmayada; nadie la ha tocado. Y basta de explicaciones. Ahora vamos á llevarnos á esa mujer...

—¡Nunca, estando yo aquí!, exclamó Juan poniéndose de dos zancadas al lado del bulto tendido en el suelo.

II

—Mira, muchacho, tengamos la fiesta en paz, dijo uno de los soldados; á nosotros no nos gusta matar de balde, pero tendremos que hacerlo contigo si sigues metiéndote en camisa de once leguas.

—Ya veremos, replicó Juan blandiendo la cachiporra.

Los soldados á su vez sacaron las espadas que habían envainado.

Los tres contendientes titubeaban en comenzar la riña. Los soldados pensaban: «Es lástima que matemos á este guapo mozo, que nada nos ha hecho, á riesgo de que nos suelte un buen lapo.» El mancebo, á su vez, se decía: «Son dos, llevan capacetes de hierro y corazas de argirodamas, que pueden resistir á mi cachiporra.» Además, sabido es que á Juan le repugnaba matar ni á una hormiga.

Estando en esta indecisión, proyectáronse tres sombras sobre la hierba del *Pradillo*, inundado de sol, y el muchacho vió tres buitres que volaban bajo, atraídos sin duda por el olor del cuerpo muerto.

Juan tuvo de repente una idea.

—Oíd, dijo á los soldados; ¿os han ofrecido doscientas libras porque os apoderéis de esta mujer?

—Así es.

—Pues bien: yo os las doy porque me la dejéis, juntamente con ese muerto.

—¿Tienes tú doscientas libras?

—Las tengo, puesto que las ofrezco.

Miráronse los soldados como consultándose, y uno de ellos dijo:

—Hecho el trato; á nosotros no nos importa la procedencia del dinero.

—Habréis de marcharos de aquí en seguida.

—Por supuesto.

Juan entonces sacó precavidamente un bolsón de cuero, contó las doscientas monedas para que las viesen los soldados, volvió á guardarlas y dijo:

—Pues envainad las espadas, tomad, y la del humo.

Los soldados tomaron el bolsón y se alejaron repartiéndose el dinero. Juan los siguió con la vista hasta que transpusieron las estribaciones de la *cuesta de Yator*. Entonces oyó sollozos y vió que la mujer

estaba llorando, sentada en el suelo, y vió también que los buitres, reforzados con otros dos, volaban casi tocando las copas de los árboles.

El muchacho acudió al muerto, que representaba á un hombre de edad, con la barba y cabellos grises. Buscó un sitio en la linde del *Pradillo*, y comenzó á cavar una fosa con el regatón de su cachiporra. Como era muy vigoroso y trabajó sin descanso, pronto abrió un hueco suficiente para que cupiese el muerto; enterróle en él, apisonó la tierra, esparció sobre ella guijarros y cascotes de la falda de la cuesta, y sentóse á descansar.

La mujer seguía llorando, los buitres habían desaparecido.

Después de unos minutos de reposo, Juan aproximóse á la mujer, que era muy joven y estaba horriblemente marcada de viruelas.

— ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

— Me llamo Silvana.

— ¿Dónde ibas con ese hombre que acabo de enterrar?

— Huía de mi madrastra, que me maltrataba y que preparaba bebedizos para envenenarme.

— El hombre con quien huías ¿era tu novio, tu amante ó tu padre?

— Ninguna de las tres cosas, aunque bien hubiera podido ser lo último por lo mucho que desde niña me quería.

— ¿Qué piensas hacer?

— No lo sé.

— ¿De dónde eres?

— De Huelves.

— ¿Quieres que te lleve á tu pueblo?

— ¡Nunca! Sería como llevarme á la muerte; prefiero morirme en mitad del campo.

— Eso no, vente conmigo.

La muchacha, pues lo era, se puso en pie con trabajo; apenas podía andar.

— Apóyate en mí.

Ella se apoyó, y ambos jóvenes tomaron la senda por donde había venido Juan.

Lástima era que aquella muchacha estuviese tan desfigurada por la viruela, pues difícilmente hubiera podido hallarse un cuerpo tan gallardo y un talle tan gentil. Cuando llegaron á casa de Juan, su madre estaba hablando á la puerta, y fué tal la sorpresa de la anciana, que dejó caer el rocambo.

— Juan, exclamó, ¿cómo vuelves tan pronto? ¿quién es esta mujer?

— Ya te contaré, madre. Ahora socorrámosla, pues está medio muerta de susto y quizá de hambre.

III

Más de un mes hacía que Silvana hallábase en casa de Juan. Era tan viva, tan cariñosa y tan trabajadora, que pronto se apoderó del ánimo de Petrona, que no podía pasarse sin ella.

Transcurrían los días, y el muchacho, indeciso, no se decidía á emprender un segundo viaje á Toledo, hecho en peores condiciones y mermado el pobre peculio con que contaba.

Una mañana muy calurosa de principios de junio, Juan y su madre á la puerta de su casa tomaban el fresco, y Silvana entregábase á las faenas domésticas, asomándose de vez en cuando á la puerta para respirar el aire. Súbito oyeron ruido de bocinas y pisadas de caballos, y vieron aproximarse una bizarra cabalgata. Venían primero cuatro pajes con bocinas que hacían sonar con frecuencia, detrás de ellos dos voceros ó pregoneros del rey, y en pos de todos diez hombres de armas, todos á caballo y llevando todos un lazo negro atado al brazo izquierdo. Al ruido de las bocinas salió mucha gente de Ocaña, pues era día festivo y todo el mundo hallábase en la calle.

Viendo la gente detúvose la cabalgata, separáronse los pajes, y adelantándose uno de los pregoneros dijo en voz muy fuerte:

— Oíd, oíd el pregón que el noble rey Ervigio nos manda publicar.

«El rey se muere de melancolía porque acaba de fallecer la reina Brunilda, su esposa. Además, su hija la princesa Oderai ha desaparecido del techo paterno desde hace dos meses. A la persona que le informare del paradero de su hija endonará el rey trescientos cornados, y el que la condujere á Toledo recibirá quinientas libras tornesas, otorgándole juntamente la mano de la princesa, si él fuere soltero y no hubiese cumplido cuarenta años de edad, y ella fuere gustosa.»

«El rey manda á todos sus vasallos que propalen este pregón, para bien de estos reinos y señoríos.»

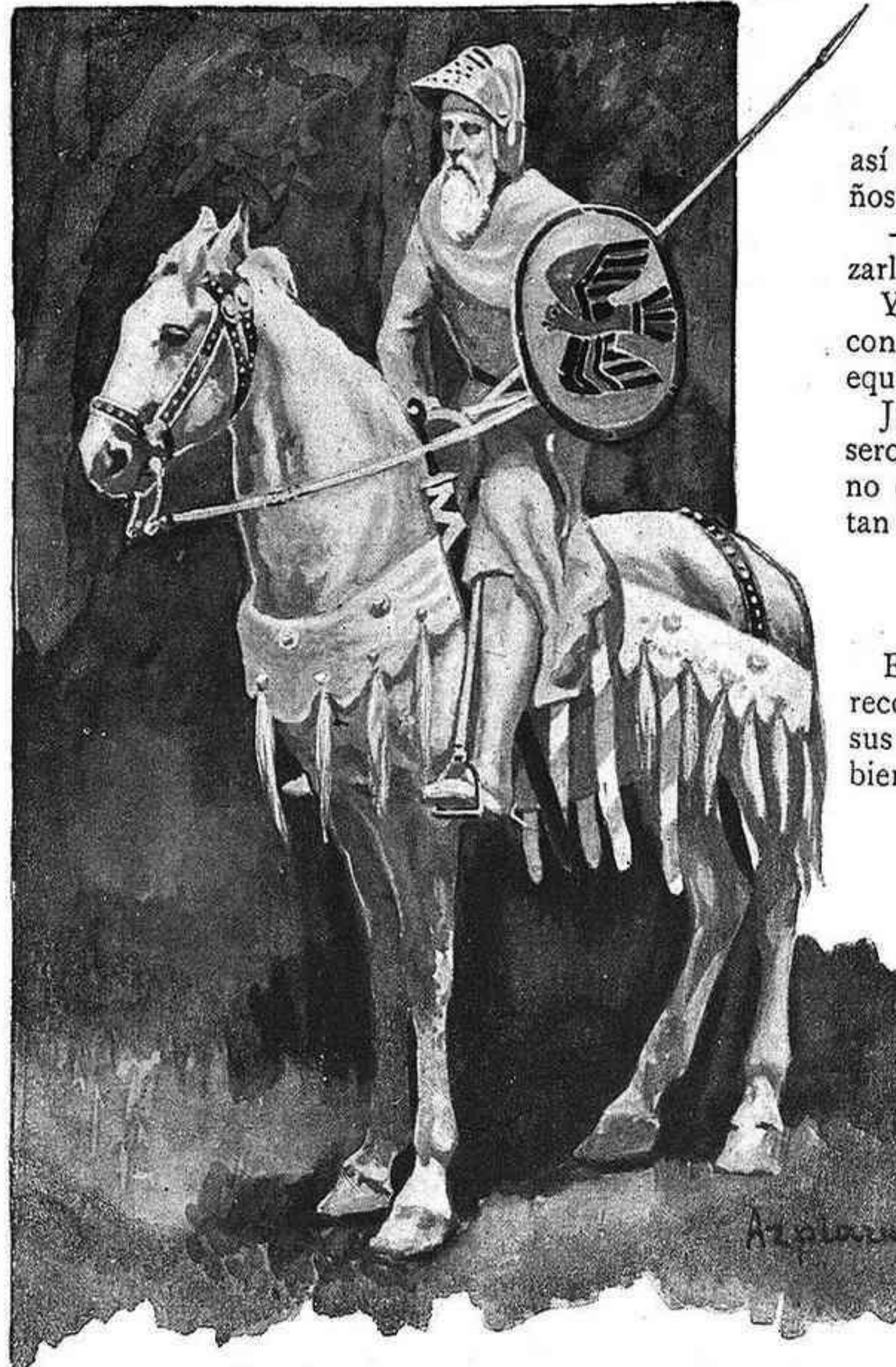
Petrona y Juan no advirtieron que desde que vió á los pajes, Silvana se ocultó detrás de la puerta de la casa, desde donde oyó el pregón, entrándose después apresuradamente en el interior. Como no la vieran ni oyeran, Petrona llamóla á voces, á lo que ella contestó desde dentro: «Ya voy, madre Petrona; estoy aseándome.» En efecto, presentóse poco después, dejándoles atónitos de sorpresa. Traía un frasco en la mano, su rostro estaba blanco como el marfil y arrebolado como la cáscara del melocotón.

— ¡Muchacha, muchacha!, pues ¿y las viruelas?

— Eran postizas, madre Petrona, y me las he quitado con esta agua canforada. Me las pinté cuando huí de mi casa para no ser conocida y por si me topaba á algún malandrín; mas ya, muerta mi madrastra, nada tengo que temer. Yo soy la princesa Oderai.

— ¿Tú?, exclamó Juan asombrado. ¡Ah! Voy á avisar á los pregoneros...

— No hagas tal, interrumpió la princesa, yo quiero volver al lado de mi padre, mas no que me lleven ellos, sino tú para que te ganes las recompensas prometidas...



Parecía una estatua ecuestre de piedra

Al día siguiente, la princesa, montada en un jumentillo que servía á Petrona para llevar al pueblo la ropa lavada, y Juan conduciéndole del roncal, seguían la senda del *Pradillo de los Castaños*. Ella miraba cariñosamente al muchacho; pero éste, aunque la devolvía tímidamente sus miradas, caminaba pensativo y cabizbajo. Preocupábanle dos cosas: primero una cláusula del pregón del rey, que decía «que el que presentase en Toledo á la princesa obtendría su mano, si ella fuere gustosa.» ¿Cómo había de ser gustosa á una princesa el unirse á un rústico como él? Además, estaba humillado con su pobre traje de campesino. Entraron en el *Pradillo*, donde esperaba á Juan una nueva sorpresa; pues vió parado en su comedio á un caballero á caballo. Todo en él era blanco, el bonete, el rostro, que tenía una palidez espectral, el cabello, la barba, el traje y finalmente el caballo; parecía una estatua ecuestre de piedra. Cuando el mancebo atravesaba la pradera, quitándose la caperuza para saludar, preguntó el caballero:

— ¿Adónde va la buena gente?

— A Toledo, señor.

— Vais en mala sazón; los toledanos están tristes porque el rey se muere de melancolía.

— Ya lo sabemos, señor; hemos oído el pregón que publica la muerte de la reina Brunilda.

— No es por el fallecimiento de su esposa por lo que el rey está melancólico y padecido, sino por la desaparición de su hija.

— ¡Oh! Pues entonces pronto se consolará; esta doncella es la princesa Oderai.

— Y este mancebo el que me lleva al lado de mi padre.

— Enhorabuena para ambos, dijo el caballero; mas pareceme que una princesa no debe tener un jumento por palafren, ni un palafrenero con caperuza, sayo y abarcas.

— ¡Qué remedio, señor!, balbuceó Juan. Ya procuraremos entrar de noche en Toledo.

Iba á seguir andando; el caballero le detuvo.

— Mira, muchacho, te propongo un trato.

— ¿Un trato?

— Tú y yo tenemos poco más ó menos el mismo cuerpo; yo te presto mi traje y mi caballo mediante doscientas libras que me darás cuando recibas las quinientas prometidas por el rey.

— Acepta, Juan, dijo la princesa.

— Acepto, señor. Veníos con nosotros y os las daré así que las reciba.

— No, yo no puedo moverme de estos lugares. Pasado mañana, cuando el sol llegue al cenit, te aguardo en este sitio.

— Convenido.

Los dos hombres metiéronse detrás de un grupo de árboles para mudar de traje. La princesa apeóse del jumento. A poco volvieron aquéllos, Juan con el traje del caballero y éste en jubón y calzas.

— ¿Verdad, princesa, que este mozo está soberbio así vestido?, dijo el caballero dando á Juan un cariñoso espaldarazo.

— Pero le faltan las espuelas, que yo voy á calzarle, contestó la princesa.

Y tomándolas del mancebo se las calzó á éste con gentil destreza; lo cual, unido al espaldarazo, equivalió á armarle caballero.

Juan montó á caballo y Oderai en el arzón trasero. Como la princesa se abrazaba á su busto para no caerse, hubiera aquél deseado que el viaje fuera tan interminable como el del Judío Errante.

IV

El rey Ervigio hallábase en su palacio de Toledo, recostado en un canapé, pensando tristemente en sus desgracias de familia pues como ha dicho muy bien el poético historiador padre Isla,

Fué un buen rey y un mal padre de su casa.

De repente oyó vocerío, salió á la puerta del palacio á ver lo que era, y vió á un hombre y á una mujer que se apeaban de un caballo, en el umbral, mientras una turba de gente los aclamaba sin cesar. La mujer aproximóse á él gritando: «¡Padre, padre mío!,» y él sintióse desfallecer de alegría al ser abrazado por su hija. Cuando la emoción permitióle hablar, exclamó:

— ¡Hija, hija mía!, ¿por qué huíste de mí?, ¿dónde has estado?, ¿qué genio benéfico te vuelve á mis brazos?

— Padre, contestó Oderai, yo no huí de ti, sino de otra persona que el respeto á la muerte me impide nombrar; he estado en casa de este mancebo y él me trae á tu lado

en la esperanza de las recompensas por ti ofrecidas.

— ¿Qué no daré yo al que me devuelve mi bien perdido?, exclamó el rey. ¡A ver, maestresala, trae al punto aquí quinientas libras tornesas.

— Señor, si son para mí, no necesito más que doscientas, dijo Juan.

— ¿Y nada más, Juan?, preguntóle la princesa.

El muchacho bajó los ojos y se puso muy encarnado.

— Mira, padre, repuso aquélla, tú has hecho además la oferta de mi mano.

— Y cumpliré mi real palabra.

— Pues siendo así, mañana me caso con este mancebo. ¿Te agrada?

— Sí, contestó el rey mirando con fijeza á Juan. Arrodillóse éste y besó la mano al rey.

— Mañana la boda.

— Nadie la desea tanto como yo, pero mañana tengo un deber que cumplir.

— Bueno, Juan, dijo Oderai. Será pasado mañana.

Entretanto el maestresala había traído las quinientas libras. Juan guardóse doscientas, dió ciento para los criados del rey y las restantes para los pobres de Toledo.

Aquella noche el rey mandó encender luminarias en su palacio; todos los vecinos de Toledo imitaron su ejemplo, de suerte que la ciudad parecía un inmenso foco de luz.

Al día siguiente, Juan montó en el caballo blanco, llevando en el arzón trasero un maletín con un vestido completo. Encaminóse al *Pradillo*, entró en

él y vió al caballero que habíale prestado su traje, sentado sobre la fosa en donde él había enterrado al hombre muerto por los ostrogodos, que se levantó diciendo:
 - ¡Bravo, Juan, eres exacto! El sol acaba de llegar al cenit.

- Mucha prisa tienes.
 - Ya lo creo, como que solamente por veros he podido separarme de la princesa.
 - Juan, tú tienes un corazón generoso y leal; has enterrado á un muerto, has amparado á una mujer, has cumplido una palabra empeñada; mereces la

llero negro y el blanco habían sido una misma persona.
 Estando tan cerca, quiso ver á su madre; corrió de un galope hasta su casa y hallóla cerrada. Llamó repetidas veces, á los golpes acudió un huertano vecino suyo, y le dijo que dos horas antes habían



Junto á la fuente, cuadro de F. Stuck

- Aquí os traigo vuestro vestido, vuestro caballo y las doscientas libras del trato.
 - Bueno, hombre, tengo una satisfacción en volver á verte.
 El caballero estaba en pie sobre la fosa del muerto; Juan desmontó y alargóle un bolsón diciendo:
 - Tomad.

felicidad que te está reservada. Guarda todas esas cosas que me traías, te las endono; yo nada necesito. ¡Adiós!
 El caballero golpeó el suelo con el pie y hundióse en la tierra, que volvió á quedar en su prístino estado.
 El muchacho, absorto, comprendió que el caba-

venido cuatro pajes con una hacanea y se habían llevado á Petrona. Juan supuso que sería por orden de la princesa, y no reventó el caballo para volver más de prisa á Toledo, porque por no hacer mal sabía refrenar sus deseos. Lo primero que vió al llegar al palacio del rey fué á su madre y á Oderai que tomaban el fresco en un mirador bajo; Petrona es-

taba vestida de joyante seda azul y tenía al cuello una sarta de corales; la princesa... ¡oh!, la princesa estaba hermosísima con su traje de brocado, que valía una ciudad, y cuajada, digámoslo así, de brinquinios y joyeles.

Al día siguiente celebró el matrimonio de la hija del rey y de Juan. Después hubo un soberbio banquete, en el cual, entre los sesenta convidados y la servidumbre palaciana, se consumieron cuarenta corzos, cincuenta faisanes, ochenta garrafas de hidromel, sesenta arrobas de vino y cien cestones de fresa de Aranjuez.

Terminado el festín, la corte y todo Toledo encamináronse á la plaza, que entonces no se llamaba de Zocodover, porque aún no habían invadido España los moros africanos, para presenciar los festejos públicos. Estaba la plaza llena de gente y colgada de paños de grana. Había en ella un tablado para que en él tañesen ministriles, y un catafalco para el rey, los novios y la corte. Sentóse el rey á la derecha, Juan á la izquierda y pusieron á la princesa en medio.

Comenzó la fiesta.

Hubo primero danzas de pastores y botargas, luego batalla á vejigazos entre gigantes y cabezudos, y después sacaron á la plaza el testafarro. Era éste un juego, prueba ó como quiera llamarse, que los lombardos habían introducido en España, y consistía en una mesa de roble, sobre ella un busto de madera que tenía una cabeza de hierro con una cara grotesca, y encima de la cabeza una almohadilla á guisa de bonete. Era la prueba hundir la cabeza entre los hombros, de suerte que no volviera á salir. En la peana tenía el siguiente letrero: «*El que hunda la cabeza ganará cien cornados. Pueden darse hasta tres puñetazos.*»

Tomaron parte en esta prueba cuantos presumían de forzudos, que eran muchos en Toledo y cercanías. Llovieron sobre el testafarro vigorosos puñetazos, pero la cabeza no se hundía, ó si se hundía, volvía á salir de entre los hombros por no haber aflojado lo suficiente los muelles que hacíanla

moverse. Los que la golpeaban en balde se retiraban, entre la rechifla de los espectadores.

La prueba quedó desierta. El preboste del rey, que organizaba los festejos, mandó retirar el testafarro;

un puñetazo sobre la ferrada cabeza. Hundióse ésta, esperaron el mancebo y los espectadores á ver si volvía á salir, mas no salió, y Juan volvióse á su sitio entre el palmoteo de toda la plaza.

—¡Pardiez, Juan, díjole el rey, que eres grandemente forzado! Serás un gran mlite. Sintíendome viejo y achacoso, había pensado dar la lugartenencia de mi reino á mi sobrino Gundemaro, mas ya veo que de derecho te pertenece. ¿Quién mejor que tú guiará á mis guerreros á la victoria?

—No, señor, replicó Juan. Yo no he nacido para mandar á los hombres ni para destruirlos. No temo la muerte, pero me repugna darla. Nombrad lugarteniente á vuestro sobrino, que á mí me basta para ser feliz cuidar á mi madre, que es muy vieja, serviros á vos como vuestro primer vasallo que soy y adorar de rodillas á mi gentil esposa la princesa.

F. MORENO GODINO.

(Dibujos de Azpiazu.)



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — Undécima Exposición de pintura contemporánea española. — «Mi modelo,» por Raimundo Madrazo

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

UNDÉCIMA EXPOSICIÓN ARTAL DE PINTURA
ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Ignoramos si la presente Exposición será un triunfo pecuniario. Seguramente que no. La crisis es muy honda, y nuestro compatriota D. José Artal tiene que luchar con ella á brazo partido, no con el tesón del que busca un provecho, sino con la fe del convencido que busca la gloria en el triunfo con armas de buena ley. Las suyas son las más nobles: las maravillosas obras del arte moderno español, en cuyos conjuntos procura amalgamar, como en la paleta los colores, to-

dos los gustos con todas las bellezas surgidas de los privilegiados pinceles de esa pléyade de artistas mimados del genio, que llevan nombres tan ilustres como el de Madrazo, Galofre, Sorolla, Huertas, Morillo, Alvarez, Tusquets, Serra, Navarro, Domin-



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — UNDÉCIMA EXPOSICIÓN DE PINTURA CONTEMPORÁNEA ESPAÑOLA, ORGANIZADA POR D. JOSÉ ARTAL

A ORILLAS DEL MANZANARES, cuadro de Francisco Domingo

go, Cusachs, Benlliure, Sala, Muñoz, Puig, Barbudo, García Rodríguez y Unceta, autores de las obras magistrales que admira el público bonaerense en los elegantes salones de la espléndida fotografía de A. S. Witcomb, instalada en el número 364 de la aristocrática calle de la Florida.

No aseguramos, pues, que dicha Exposición, encanto de los ojos y recreo del alma, sea un triunfo financiero; pero sí podemos asegurar, sin miedo á equivocación, que ha sido un gran triunfo artístico, uno de los éxitos más asombrosos que en esta clase de exposiciones haya contemplado la moderna Atenas sudamericana; una de las victorias que más justamente puede envanecer á su organizador y constante propagandista don José Artal, *amateur* de fibra, inteligente y convencido, á quien no arredran crisis económicas, abatimientos comerciales, parálisis ganadera, cosechas medradas, y por lo tanto, estancamiento de la natural riqueza y ahorro de la personal fortuna, para presentar anualmente una nueva Exposición siempre en grado ascendente en grandiosidad, belleza general y nuevas y más numerosas firmas que resultan de nuevos maestros poseedores del secreto de trasladar á sus lienzos la verdad de la naturaleza y su hermosura, con todos los cambiantes de la luz, del aire, del ambiente y del espíritu genérico de todas las cosas que las alienta y vivifica.

Y para que se vea que no hay exageración en nuestras apreciaciones y que nuestra admiración, quizá algo ditirámica, sólo es hija del encanto producido en nosotros por la contemplación de tan variadas como múltiples bellezas, bastará remitirnos á la docena y media de esclarecidos nombres anteriormente citados, y hacer una ligerísima enumeración de sus obras, sin pretensiones de inteligentes, ni ínfulas de críticos; porque si tal hiciéramos, ó pecaríamos de difusos ó de pedantes. Vale más dejarse arrastrar por la sensación producida en nuestro sentimiento artístico, y decir sencillamente tal y como lo hemos sabido apreciar: todo es agradable, todo impresiona, todo es escogido y en todo se refleja talento superior. De lo contrario, sólo alcanzaríamos prolongar indefinidamente nuestra crónica. Bastará para que se den idea los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, amantes de nuestros pintores y conocedores de sus obras, con decirles que el brillante Barbudo tiene tres óleos: *La fiesta de las Marías*, de regulares dimensiones, y algo menores, *Monseñor* y *Un cortesano*, y además una acuarela que titula *Sonando proezas*; que D. José Benlliure tiene un cuadro al óleo, *Afuera de Tánger*, del que hablé en otra ocasión; que del difunto D. Luis Alvarez hay dos óleos primorosos, *Primavera* y *Sobre la pista*; que Galofre tiene dos de sus inimitables temperas, *En la feria* y *Carreta asturiana*; que de Madrazo es el magnífico estudio *Mi modelo*, que reproducimos; que de Sorolla son un cuadro al óleo de regulares dimensiones, *Castellano viejo*, con la guitarra á la espalda, y una delicada acuarela, *Bordadora valenciana*, llena de detalles superiores; que de Unceta son cuatro tablitas de tipos militares, como lo son las dos de Cusachs; que de Sala es un boceto decorativo y de Muñoz Lucena un óleo primoroso que lleva por nombre *Camino de la fuente*; que de Navarro son ocho cuadritos

muy recomendables por su luz y factura, unos inspirados en las caldeadas tierras de Marruecos, otros en la poética Venecia y los demás en la típica Valencia; que del personalísimo Serra son cuatro cuadros, dos de regulares dimensiones y los otros menores, llamando poderosamente la atención, además de *Ultimo beso del sol*, el *Mercado de Terracina*, muy

bien concebido y de justa tonalidad gris; que del genial Tusquets son cinco cuadros preciosos, tres recuerdos de Roma, y los otros dos, los más hermosos, *Salida al campo* y *La pastorcilla*, todos dentro

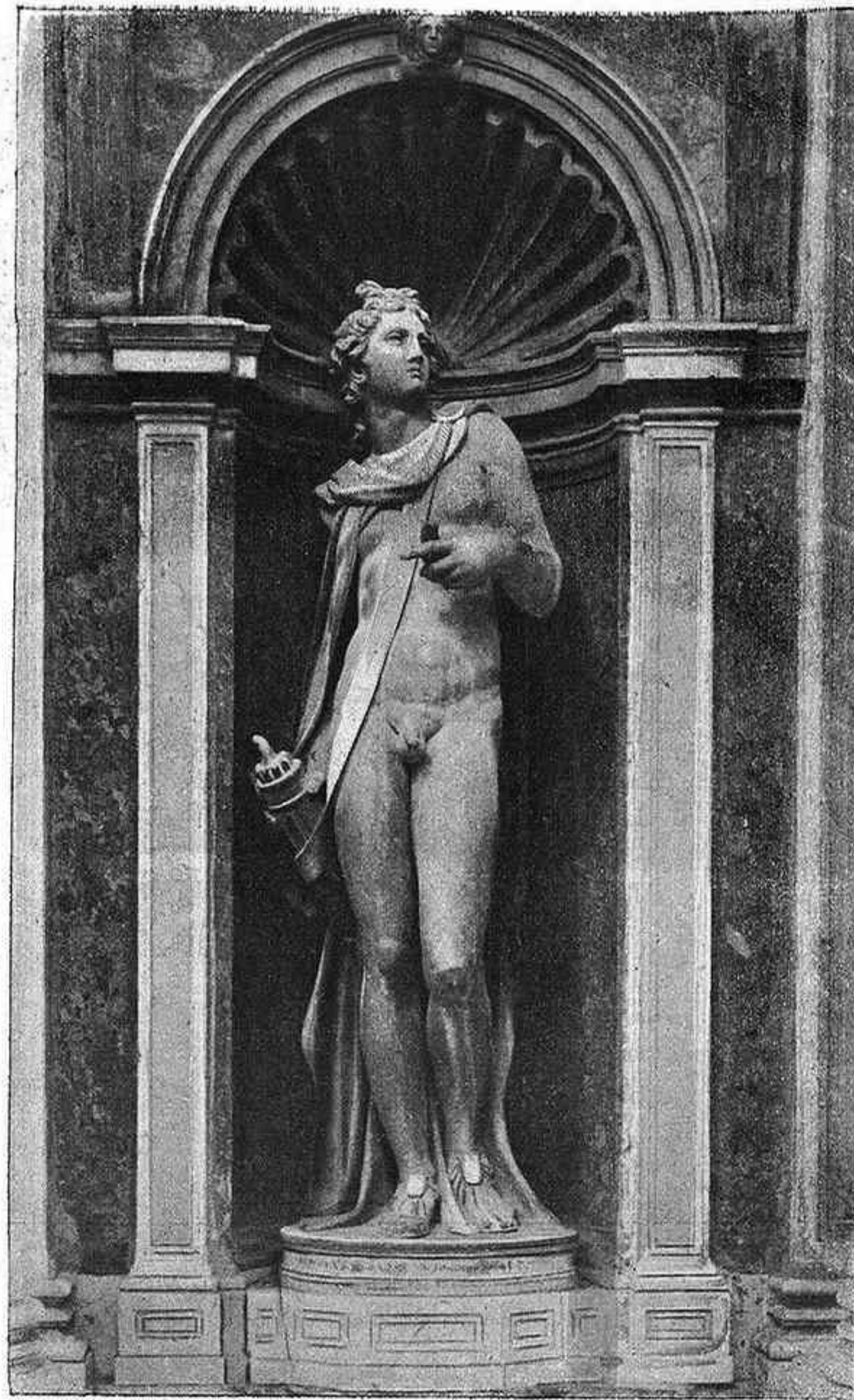
de la Cruz y majas de Goya, hechos con la maestría que le es característica; y por fin, que Huertas también tiene un pastel, una acuarela y cinco óleos representando tipos y paisajes de la ciudad de los canales y de las góndolas, la nunca agotada Venecia.

Con lo dicho creemos bastará para comprender la importancia de la undécima Exposición que nuestro amigo Artal ha presentado á la admiración de las gentes de la gran capital argentina con el celo y entusiasmo del verdadero apóstol del arte pictórico moderno de nuestra patria, que por misión se ha impuesto la de traer la buena nueva á orillas del caudaloso Plata, implantando la enseña del buen gusto, del conocimiento del arte, del verdadero arte, como guía de las almas selectas, predicando la supremacía de nuestra patria en la artística religión.

Y los adeptos aumentan año tras año. Que Dios, ya que no los hombres, premie su fe y su constancia.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, julio 1902.



ESTATUA DE APOLO QUE FIGURABA EN LA «LOGGETTA» DE SANSOVINO DE VENECIA, RECIENTEMENTE DERRUMBADA. (De fotografía remitida por Carlos Abeniakar, de Roma.)

LA ULTIMA CANCIÓN

Manuel moría lentamente, sin ruido ni sacudimientos, como muere el último rayo de sol entre las brumas de la tarde ó entre los oscuros picos de la sierra: moría tranquilo y sin dolores, sin darse cuenta de su estado; así, quieto, mudo y triste, fija la mirada en el cielo y su pensamiento allá, muy lejos, en aquella casita blanca oculta entre los altos maizales de sus viejas montañas gallegas, canturreando siempre con voz de melancólica dulzura aquel *jalalá!* de sus amores, aquellas notas suaves, cadenciosas y lentas que arrullaron sus sueños de niño, que expresaron sus ansias de mozo, y que ahora, en aquella tierra americana seca, amarilla, calcinada por el sol abrasador de los trópicos, acompañábanle fieles y tristes como funeral prematuro de una vida que se extingue, en aquel trance supremo de muerte, en aquel acabamiento nostálgico de su laboriosa existencia llena de privaciones y amarguras.

¡Pobre Manuel! Lejos de la *sua terra* que le viera nacer, de aquella pobre *chouza* oculta entre los altos robledales del vallecillo fresco á los albores de la mañana y lleno de encanto infinito al

declinar la tarde, recordaba con honda pena el día ya lejano en que su triste suerte dejóle huérfano y pobre, muy pobre, sin más bienes que su hatillo, sin más consuelo que la fe de su corazón generoso, sin más esperanza que la loca ilusión de un viaje temerario, sin más compañía que las dulcísimas notas de la linda canción gallega á su tierna y enamorada *Maruxa*:

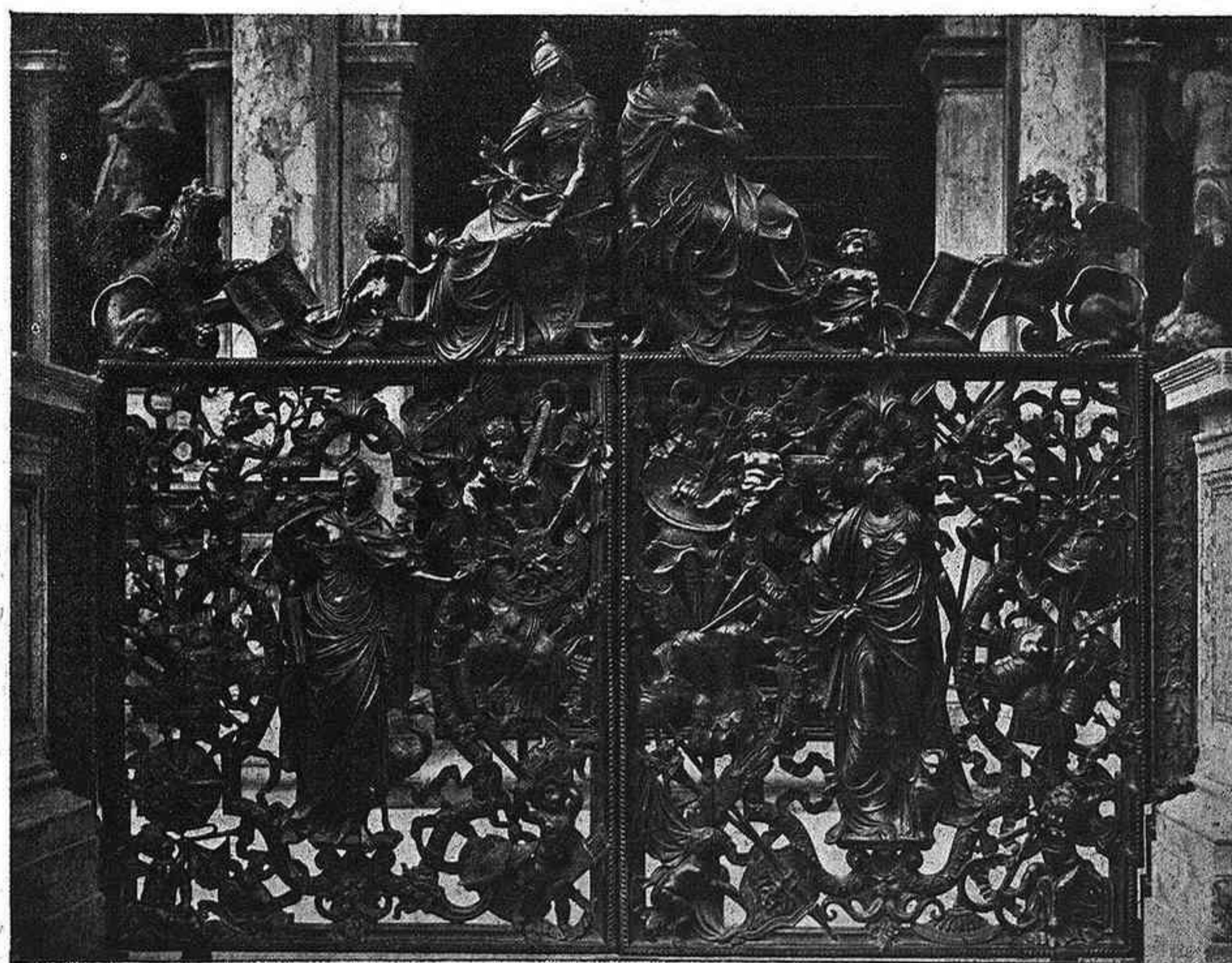
«Cando se pon a lua
tras dos penedos
choran as estrelaiñas
todas, do ceo.
Eu tamen choro
cando no me alumey an
esos teus ollos.»

Y el pobre Manuel lloraba, lloraba y moría, y mientras los latidos de su corazón debilitábanse con invencible tenacidad, dentro de él, muy hondos, pero muy vivos, brotaban con fijeza siniestra los adorables recuerdos de su niñez: de aquellos prados siempre verdes, de aquellas rías siempre azules, de aquellas notas siempre

frescas, vibrantes y dulces de su linda canción gallega.

Ya retorna el emigrante.

Lejos aún, muy lejos del barco, envuelta entre la bruma, se ve una tierra que amarillea al sol naciente, que á la caída de la tarde se esfuma en la neblina.



VERJA DE BRONCE DE LA «LOGGETTA» DE SANSOVINO DE VENECIA, RECIENTEMENTE DERRUMBADA, obra de Antonio Gai. (De fotografía remitida por Carlos Abeniakar, de Roma.)

que de Morillo hay siete óleos representando tan distintas escenas como distintos los títulos; que de García Rodríguez son siete lindísimos paisajes, inspirados en la tierra clásica andaluza, que recuerdan á Sevilla y su pintoresca campiña; que de Domingo es *A orillas del Manzanares*, óleo que reproducimos, amén de tres pasteles con tipos de D. Ramón



EN LA PLAYA, cuadro de H. Gervex





EN PLENO ESTÍO, cuadro de Mlle. Svana Kobilca



na velando sus contornos, y cuando la noche la oculta por completo para dormirse en el regazo de la mar en calma, enciende la luz de su faro, á ratos roja, á ratos blanca, para indicar al marino la ruta de su tranquilo hogar.

Allí está para el pobre Manuel la *sua terra*, la única dicha que ansía, su tierra de promisión que le ofrece generosa amor y paz; allí la dicha sin tasa, la loca hartura de sus castos amores, la realidad de sus ensueños, el término de su invencible *mourriña*.

Allí estará su *Maruxa* alegre é impaciente, esperándole con los brazos abiertos para renovar, después de la horrible ausencia, los juramentos de siempre, para realizar por fin las honradas promesas.

Apenas da fondo el barco y Manuel salta á la lancha que ha de conducirlo á tierra.

Sobre el muelle, agitando el rojo pañuelo, está *sua nena*.

—¡Ya voy, ya voy!, grita con agónica alegría el infeliz. ¡*Levaimé, levaimé* pronto!.

Y cuando por fin su vacilante pie quiere apoyarse en la escala del muelle, un violento estertor corta en su garganta las últimas palabras; su inerte cabeza dóblase con enérgico movimiento, quiere extender los brazos y cae desplomado en los de su *Maruxa*, mientras la brisa del mar lleva hacia las pampas brasileñas que el muerto regó con su sudor el eco de las últimas notas de la linda canción gallega:

*nó me atumeyan
esos teus ollos.*

RAMIRO SIERRA.

NUESTROS GRABADOS

Manuel Herrmann.—El inventor de la tarjeta postal, de este sistema de correspondencia hoy vigente en todo el mundo, nació en 1839 en Klagenfurt (Austria), estudió jurisprudencia en las universidades de Graz, Praga y Viena, y fué profesor de Economía Nacional en el primero de estos centros docentes y luego en la Academia Militar de Neustadt. En 1869 publicó en el diario *Neue Freie Presse* el memorable artículo que fué el punto de partida de su importante invento, y el entonces Director de Correos de Austria adoptó inmediatamente la tarjeta postal en la forma por Herrmann propuesta, no tardando las demás naciones civilizadas en seguir aquel



MANUEL HERRMANN, el inventor de la tarjeta postal, fallecido en Viena en 15 de julio último

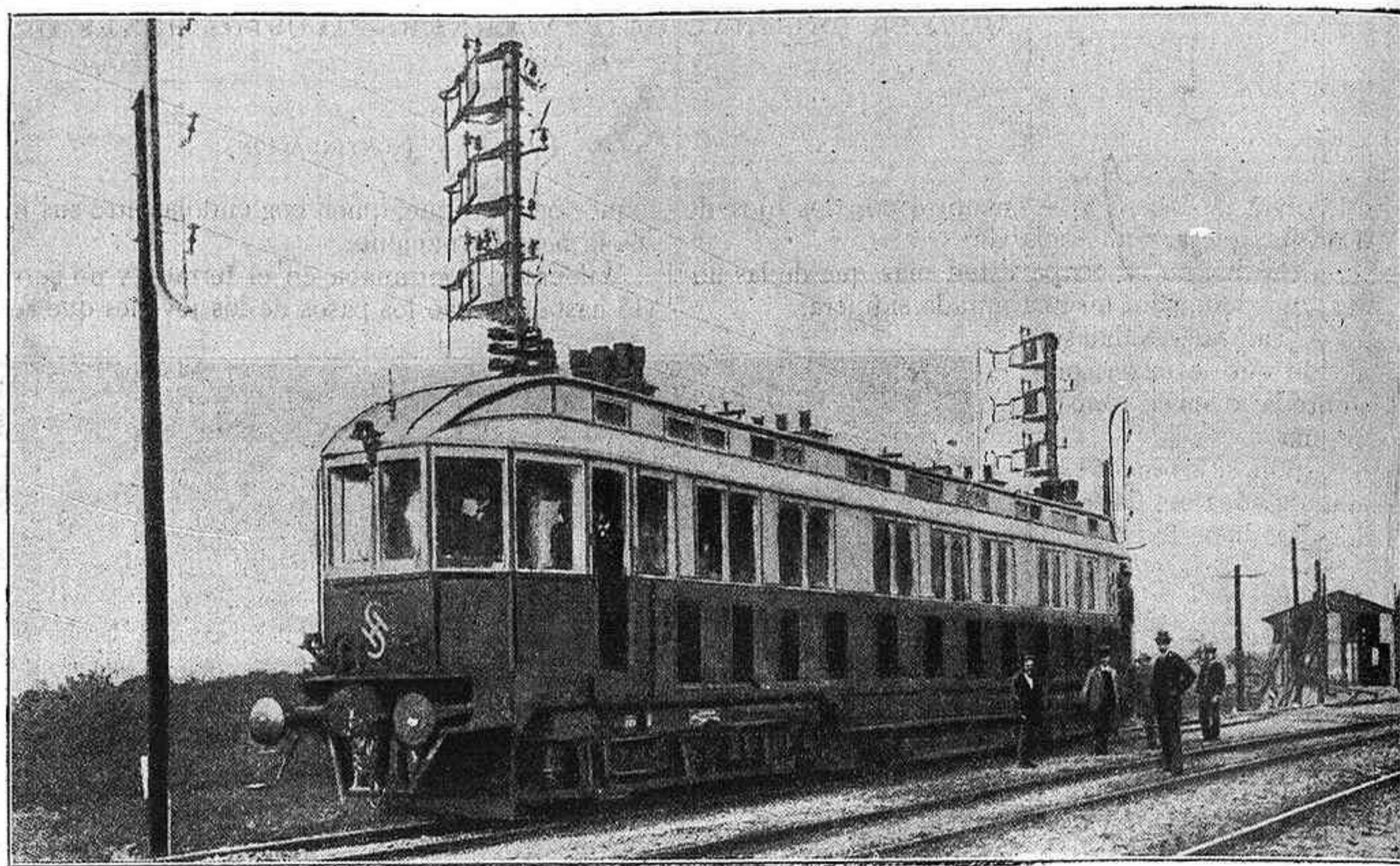
ejemplo. En 1870 fué nombrado consejero en el ministerio de Comercio, y en 1880 volvió al profesorado, explicando la asignatura antes citada en la Escuela Superior Técnica de Viena y la de Legislación de Hacienda en la Escuela Superior de la misma capital. Herrmann ha podido presenciar en vida el triunfo universal de su genial invención, habiendo merecido distinciones honoríficas y condecoraciones de diversos países. Y ¡cosa extraña!, entre tantas condecoraciones como podía ostentar en su pecho, no había ninguna austriaca; su patria se mostró con él menos generosa, en este punto, que los Estados extranjeros. Herrmann, que falleció en Viena el día 15 de julio último, dió gran impulso á la organización de las escuelas industriales y deja escritas varias notables obras de ciencias sociales, especialmente de economía.

La locomotora más rápida del mundo.—El vagón eléctrico que en esta página reproducimos ha batido el *record*, como ahora se dice, de la velocidad, pues en las prue-

bas verificadas en la pequeña línea férrea que va desde los suburbios de Berlín hasta Zosen se ha demostrado que podía recorrer 110 millas inglesas por hora. Este vehículo, cuyos techo y paredes están contruídos de manera que ofrezcan la menor resistencia posible al aire, está dividido en tres com-

ésté uno de los temas más grandiosos que puede ofrecernos la naturaleza.

En pleno estío, cuadro de Mlle. Svana Kobilca.—La celebrada pintora austriaca ha demostrado tan



LA LOCOMOTORA MÁS RÁPIDA DEL MUNDO

partimientos; la corriente tomada por medio de troles, pasa por unos transformadores y de allí á los motores, cada uno de los cuales puede desarrollar 250 caballos de fuerza.

Una partida empeñada.—La entrada del pueblo, cuadros de Joaquín Agrasot.—Consecuente y firme en sus propósitos, continúa el maestro valenciano produciendo hermosos cuadros de costumbres de su región, que avaloran la ya copiosa serie de los que han brotado de su fecunda paleta. A ser posible reunirlos, llamaría la atención la labor realizada y se apreciaría su interesantísima finalidad, ya que el distinguido artista puede envanecerse de haber realizado una misión nobilísima, cual es la de dar á conocer en una forma agradable y simpática, que atrae y cautiva, cuanto significa y representa el modo de ser de Valencia, con sus tipos, trajes y costumbres y hasta con todos los atractivos de su exuberante y hermosa naturaleza. Los dos lienzos que ha poco expuso en el Salón Parés y que reproducimos en estas páginas, lo son de esa obra, digna de aplauso, que pudiera titularse *Valencia pintoresca*, compendio y resumen de las aspiraciones de un artista meritisimo y de un amante del país en que nació.

Junto á la fuente, cuadro de F. Stuck.—El notable pintor muniquense autor de este cuadro tiene muchos puntos de analogía con el famoso Bocklin; como éste, deja volar su imaginación por el mundo de la mitología, y en las ninfas y en los faunos busca los modelos para no pocas de sus composiciones. Mas no se crea por esto que Stuck sea un simple imitador del artista suizo; al contrario, aun dentro del mismo género, hace gala de su originalidad, así en la concepción como en los procedimientos técnicos, y en todas sus obras aparece perfectamente marcada su personalidad, una de las más salientes del mundo del arte alemán contemporáneo. Su lienzo *junto á la fuente* es de una belleza de expresión y ejecución indiscutibles, y el contraste entre la bestial figura del fauno que en lo alto de la roca sopla en la flauta de Pan, y la encantadora ninfa que arrobada escucha las dulces melodías, es de un efecto extraordinario, como lo son también la energía y la grandiosidad con que están tratados el agreste paisaje y el cielo cubierto de nubes, sobre los que se destacan tan vigorosamente aquellos personajes.

Estatua de Apolo y verja de la «Loggetta» de Sansovino de Venecia.—De entre las ruinas del *campanile* de la plaza de San Marcos de Venecia, de cuyo derrumbamiento nos ocupamos en el número 1074 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, ha podido ser extraída casi intacta la preciosa verja de bronce que cerraba la *loggetta* de Sansovino; asimismo se espera poder sacar de entre los escombros las bellísimas estatuas fundidas por Sansovino que constituían uno de los más preciados adornos de esta *loggetta*. Una de estas estatuas, la de Apolo, es la que reproducimos en la página 527 junto con la citada verja: por estas reproducciones podrán juzgar nuestros lectores que no es exagerado el dictado de joyas artísticas que la crítica de todos los tiempos les ha concedido.

En la playa, cuadro de H. Gervex.—Muy hermosa ha de ser la figura con que Gervex ha llenado el lienzo titulado *En la playa*, para que ante su belleza queden relegadas muy en segundo término las bellezas del mar y del cielo que le sirven de fondo. En realidad, este es el efecto que nos produce el cuadro: nuestra atención se fija casi exclusivamente en esa niña deliciosamente pintada, y no por el tamaño, sino porque su linda carita de dulces facciones y expresiva mirada nos atrae con fuerza irresistible, haciéndonos prescindir casi por completo del resto de la composición, con ser

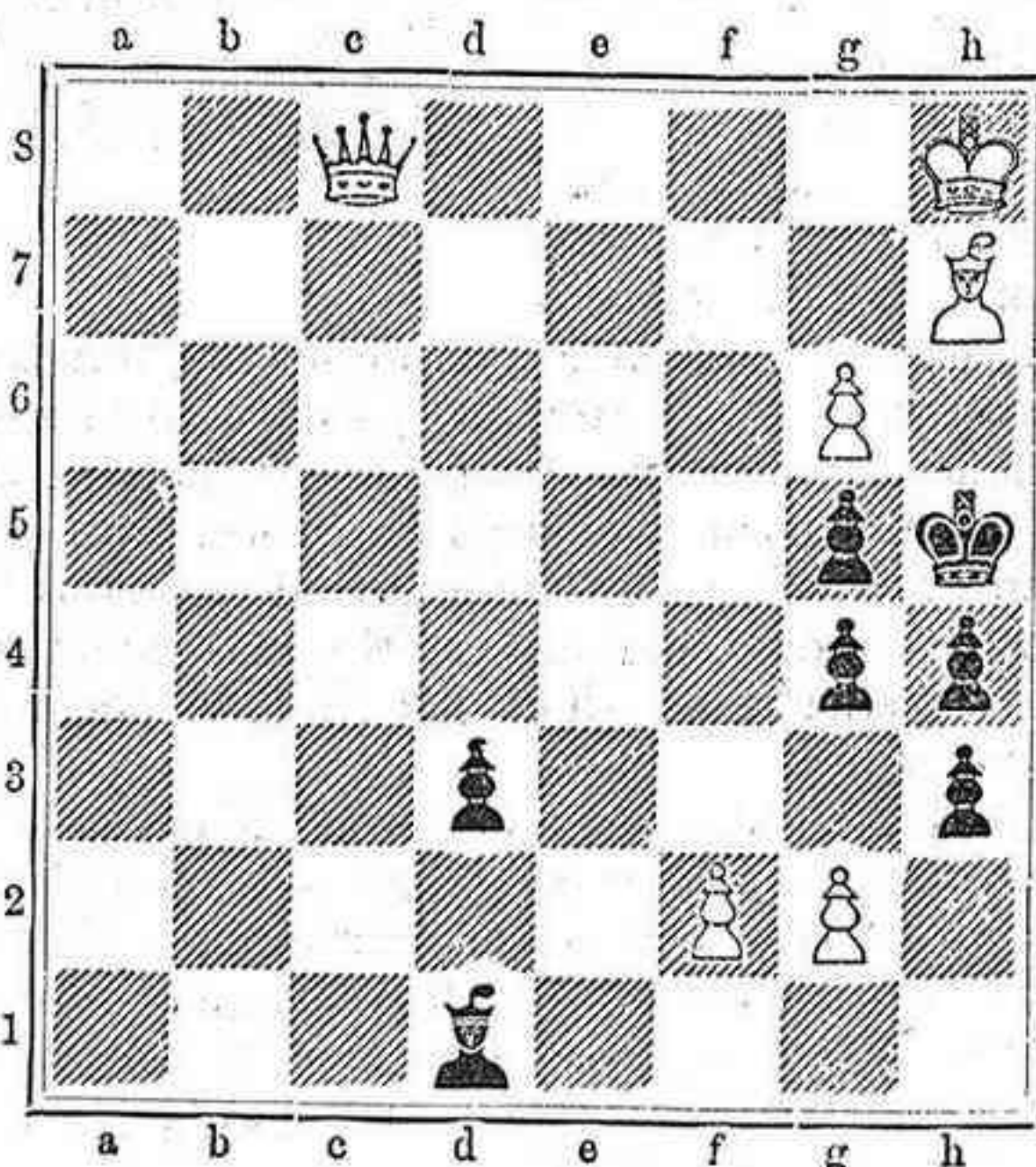
buen gusto en la elección de asunto para su cuadro, como talento en la manera de desarrollarlo. El verano, con su exuberancia de luz y de vida, con sus campos esmaltados de flores, con sus árboles de espeso follaje llenos de frutos, con su cielo luminoso, es indudablemente fuente fecunda de inspiración para quienes más que con los ojos del cuerpo con los del alma saben apreciar aquel desbordamiento de la naturaleza que se traduce en una riqueza de colores y en una variedad de formas indescriptibles. Pero no basta que el artista sienta todas estas bellezas; es preciso que su mano consiga trasladarlas al lienzo con todo el vigor, con toda la armonía con que la realidad nos las muestra; y en este punto bien puede afirmarse que Svana Kobilca ha producido una obra perfecta, pues difícilmente podrían sintetizarse tales bellezas mejor de lo que lo están en su cuadro *En pleno estío*.

El duelo, cuadro de Tomás Couture.—El autor de este cuadro nació en Senlis (Francia) en 1818, fué discípulo de Gros y de Delaroche, ganó en 1837 un segundo premio en el Instituto, expuso por vez primera en el Salón de 1840, obtuvo una medalla en 1844, y en 1847 su vasto lienzo *Los romanos de la decadencia*, que señaló el triunfo de aquella exposición, le valió una primera medalla y la cruz de la Legión de Honor. Murió en 1879 en Villers-le-Bel, adonde se había retirado desde hacía muchos años. Cultivó la pintura de historia y de género, y muy pronto conquistó merecida fama de artista original y hábil colorista. *Un duelo* figura en el número de sus mejores obras, y es realmente una composición bellísima por la naturalidad con que está pintada la interesante escena del desafío entre el pierrot y el arlequín á consecuencia del baile de máscaras, por la espontaneidad con que aparecen trazadas las figuras y por las cualidades de ambiente y de luz que se admiran en el paisaje.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 290, POR W. F. V. HOLZHAUSEN.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 289, POR J. BERGER.

- Blancas. 1. D a 4—a 8
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. A 6 T mate.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.— ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Volvió la cabeza y se encontró con los ojos de Enrique que la contemplaban.

— Cecilia, no se ocupa usted más que de las flores, ¿no tiene para mí una mirada siquiera?

— ¿Tanta necesidad tiene de que le mire?, preguntó la joven en tono de broma.

— ¡Oh, si la tengo! Una mirada suya me daría valor para hacerle una confesión..., ¿quiere usted escucharme?

— ¡Qué tono tan solemne!, exclamó Cecilia sonriendo y dejando el ramo que en la mano tenía. Corriente, le escucho. ¿Se trata de algo muy importante?

— Se trata de la felicidad de mi vida, Cecilia. La amo á usted, la he amado desde el primer día que la vi..., harto lo debe usted haber comprendido, ¿no es cierto? Y sin embargo, nunca me he atrevido á hablar. ¡La veía siempre tan agasajada! Y además, no hacía usted nada para animarme. Pero ahora se acerca mi marcha y no puedo partir sin saber qué suerte me está reservada. Cecilia, ¿quiere usted ser mi esposa? Todo cuanto poseo se lo ofrezco á usted; no tendré en la vida otro pensamiento que hacerla feliz, satisfacer todos sus deseos, usted será mi reina... Cecilia, pronuncie una palabra, una sola que me dé alguna esperanza..., pero no me responda *no*, pues no podría soportarlo.

Y al decir esto le tenía cogidas las manos y la miraba con ojos suplicantes; tenía el rostro encarnado y le temblaba la voz. No era aquella una declaración poética tempestuosa; pero cada una de sus palabras respiraba tanta sinceridad, tanta ternura, tanto y tan sincero amor, que la joven, acostumbrada á las adulaciones y á las galanteorías, quedóse hondamente impresionada ante aquella expresión, nueva para ella, y escuchaba la voz de Enrique absorta y casi fascinada. No había creído que fuera capaz de tan profundo sentimiento aquel joven tímido de quien tan á menudo se había burlado, y cuando Dernburg repitió, más conmovido aún, su petición, accedió á ella sin la menor repugnancia.

Enrique, en el colmo de la felicidad, abrió los brazos para estrechar sobre su corazón á Cecilia, pero ésta le rechazó con un gesto de aversión que habría desanimado y ofendido á cualquier otro que no fuera Dernburg; mas éste, por el contrario, lo atribuyó al pudor natural en una señorita, y cogiéndole las manos murmuró:

— ¡Cecilia mía, si supieras cuánto te amo!

Aquel acento de amor tan sincero produjo su efecto, y Cecilia comprendió que no tenía derecho á mostrarse dura con un hombre á quien ella misma había aceptado como novio.

— En este caso, también yo habré de amarte un poquito, dijo con una sonrisa llena de gracia que en-

loqueció á Enrique, quien cogiéndola entre sus brazos la besó tiernamente.

Wildenrod continuaba en el terrado y no se volvió hasta que oyó los pasos de los jóvenes que se le

— Lo siento mucho, señores, pero debo confesarles que sus proyectos son, en mi concepto, inaceptables. Se trata de traer aquí el agua de Radefeld por el camino más corto y con los menores gastos posibles, y los planes de ustedes, por el contrario, son tan complicados y tan costosos, que no hay que pensar siquiera en realizarlos.

II

Everardo Dernburg, el dueño de Odensberg, rechazaba de esta manera resuelta los proyectos que sus empleados le habían presentado. Estos se encogieron de hombros y se quedaron mirando todos los dibujos y croquis esparcidos sobre la mesa. Al fin uno de ellos dijo:

— Considere, Sr. Dernburg, que se ha de luchar con dificultades de toda clase; las condiciones del lugar no pueden ser más desfavorables, pues en toda la línea no hay más que montes y bosques.

— Y es preciso que la conducción esté asegurada contra cualquier accidente, añadió otro, mientras un tercero decía á su vez:

— Las construcciones exigirán grandes gastos, es indudable; pero tales como están las cosas, es imposible evitarlos...

Los tres individuos, el director de las minas de Odensberg, el de las oficinas técnicas y el ingeniero jefe, eran todos de la misma opinión. La junta se celebraba en el despacho de Dernburg, en donde éste recibía siempre á sus empleados; aquel día estaba también allí su hijo.

Aquel despacho era una estancia grande, sencilla, con las paredes enteramente cubiertas de estantes de libros: en el centro, una gran mesa cubierta de mapas y papeles de toda especie, y sobre otra mesa cercana, planos y croquis que también llenaban las grandes carpetas que en el armario abierto se veían. Aquella habitación era el centro desde donde se dirigía la colosal empresa, un foco de energía inagotable, de trabajo constante.

— De modo, señores, que no creen ustedes posible otra solución, dijo Dernburg sacando de una cartera un pliego que desdobló encima de la mesa. Pues bien, miren ustedes este otro proyecto: en él también la conducción arranca de arriba, pero atraviesa el Buchberg y resuelve el problema sólo con la perforación de esta montaña.

Los empleados permanecieron sorprendidos y se inclinaron llenos de curiosidad sobre el dibujo; á ninguno de ellos se le había ocurrido aquella solución; y por consiguiente, ninguno la acogió favorablemente.

— ¿Perforar el Buchberg?, preguntó el director. He aquí una idea muy atrevida que ofrece muchas ventajas..., pero que en mi concepto es irrealizable.

— Soy de la misma opinión, añadió el ingeniero;



Los empleados permanecieron sorprendidos y se inclinaron llenos de curiosidad sobre el dibujo

acercaban. Dernburg, radiante de felicidad, le anunció el consentimiento de Cecilia, y el barón, demostrando su contento, abrazó á su hermana y á su futuro cuñado.

Después, bajo aquella suave luz primaveral, comenzó una conversación animada, chispeante: el sol, próximo al ocaso, inundaba de oro las olas, teñía de rosa los montes y cubría el horizonte de púrpura; era una de aquellas orgías de colores que sólo se ven en el Mediodía de Europa... Luego, poco á poco, el globo ígneo del sol llegó al límite del horizonte, sumergióse en el mar y desapareció casi insensiblemente.

Enrique tenía cogida por el talle á su prometida y murmuraba á su oído frases ternísimas... Aquel resplandor de oro y de fuego que brillaba en el horizonte parecía el luminoso presagio de su porvenir al lado de la bellísima joven.

Wildenrod contemplaba con ojos centelleantes el grandioso espectáculo de la naturaleza: un hondo suspiro se escapó de su pecho y sus labios murmuraron: «¡Finalmente!»

mas de todos modos, para tratar de esta solución se necesitarán grandes estudios preparatorios. El Buchberg...

- Se atravesará, dijo Dernburg interrumpiéndole. Las pruebas preliminares ya se han hecho. Runeck, que estuvo allí para practicar las mediciones, concibió el pensamiento y me lo propuso, acompañando los croquis y explicaciones que ven ustedes.

- ¿De manera que los planos son suyos?, preguntó el director de la oficina técnica.

- Sí, son de Egberto Runeck.

- Me lo figuraba.

- Permítame una pregunta, Sr. Winning, dijo Dernburg volviéndose bruscamente. ¿Qué quiere usted decir con eso?

El interpelado se apresuró a manifestar que en sus palabras no había segunda intención y que únicamente, como superior que era de Runeck, se interesaba en el asunto.

- Me he decidido por el proyecto de Runeck, añadió secamente Dernburg, porque responde perfectamente a mi criterio y porque el coste no llegará a la mitad del que ustedes presuponen en los suyos. Y como deseo que comiencen en seguida las obras, pronto hablaremos de los detalles. Conque, señores, hasta la vista.

Dijo estas últimas palabras levantándose, como para indicar el término de la conferencia. Los empleados se inclinaron y salieron, y cuando estuvieron en la antesala, el director se detuvo y preguntó a sus compañeros en voz baja:

- ¿Qué les parece á ustedes?

- No comprendo francamente al Sr. Dernburg, dijo también en voz baja el ingeniero. ¿Es que no lo sabe ó que no quiere saberlo?

- Lo sabe, sí, lo sabe; yo mismo se lo he dicho. Además de que el señor socialista no hace misterio de sus opiniones, sino que las confiesa sin reparo alguno.

- Si otro que no fuera él se atreviese á tanto en Odensberg, sería inmediatamente despedido; en cambio, porque se trata de Runeck, el Sr. Dernburg ni siquiera piensa en ello, y antes al contrario acepta desde luego sus planos y nos dice en buenas palabras que no servimos para nada. Esto francamente...

- ¡Oh! Espere usted, que ya veremos..., dijo tranquilamente Winnburg interrumpiéndole.

- Nuestro jefe no admite burlas en lo tocante á ciertas cosas, y si le dice algo fuerte á Runeck y éste no se doblega, entonces ¡adiós Runeck! Todo habrá concluido, aunque cien veces fuera el salvador y el amigo de infancia del hijo del Sr. Dernburg. Ténganlo ustedes por seguro.

- Esperemos, pues, dijo el director. Pero á propósito de Enrique, ¿han observado ustedes cuán pálido y abatido está? Durante la conferencia no ha dicho ni siquiera diez palabras.

- Porque no entiende de nada de lo que hablamos, repuso el ingeniero. Le han atiborrado de ciencia, pero ha digerido muy poca. No se parece á su padre ni física ni moralmente... ¡Ea, señores, hasta luego!; voy á Radefeld.

Padre é hijo habíanse quedado solos en el despacho; el primero se paseaba por la estancia, el segundo permanecía silencioso en un sillón. Everardo Dernburg frisaba en los sesenta años, pero estaba aún en la plenitud de la fuerza y de la vida; su rostro se conservaba fresco, atrevido; su mirada era viva y penetrante, su cuerpo alto y derecho y su paso firme y rápido. Algunas arrugas en la frente y los cabellos grises eran los únicos signos de la edad en aquel hombre de hierro, acostumbrado á ser obedecido y á imponer á todos su voluntad enérgica.

El hijo, en cambio, en nada parecido á su padre, era la copia exacta del retrato de tamaño natural que estaba colgado detrás de la mesa de Dernburg; Enrique tenía las facciones diminutas é insignificantes, la mirada incierta, el aire tímido de su difunta madre.

- ¡Ya ves!, exclamó el Sr. Dernburg con acento irritado. Hace un mes que esos señores se ocupan del problema de la conducción de las aguas de Radefeld, y después de todo este tiempo no han hecho nada que valga la pena; mientras que Runeck, á quien yo nada había encargado y que se encontraba allí para practicar ciertas mediciones, hizo sus estudios en silencio, y en menos tiempo del que se dice ha trazado un proyecto que es una perfección. ¿Qué te parece?

Enrique, que recostado en la butaca había examinado los dibujos de Runeck, colocólos sobre la mesa y respondió con cierta vacilación:

- Si tú los encuentras excelentes, figúrate cómo los encontraré yo; confieso, sin embargo, que todavía no entiendo gran cosa en todos estos asuntos.

- Enrique, yo creí que lo encontrarías clarísimo; además, desde ayer te estoy hablando de ello y has podido estudiar el plano que te dí para que lo examinaras. Si necesitas tanto tiempo para comprender una cosa tan claramente explicada, ¿cómo te las compondrás para adquirir ese golpe de vista rápido, necesario en quien un día ha de estar al frente de Odensberg?

- Pero, papá, hace un año que falto de casa, y en todo este tiempo los médicos me han prohibido ocuparme de cualquier trabajo. Ten paciencia y deja que vuelva á orientarme.

- ¡Hum!, murmuró el padre arrugando la frente. Ha sido para mí una gran pena el retraso de tus estudios motivado por el estado de tu salud y el tener que renunciar á verte trabajar activamente... Había fundado tantas esperanzas en tu regreso, y ahora... ¡No pongas ese semblante tan contristado, Enrique! No es mi ánimo censurarte, porque la culpa no es tuya; pero de todos modos, es una desgracia, dada la posición que has de ocupar.

Enrique dió un suspiro. ¡Qué peso tan grande era para él aquella posición que tantos le envidiaban!

- ¿Qué sucederá cuando yo falte?, prosiguió diciendo el padre, impaciente. Es verdad que tenemos buenos empleados, pero todos dependen de mí, de mi dirección. Estoy acostumbrado á hacerlo todo, á tener las riendas en la mano. ¿Sabrás tú empuñarlas? Había pensado asegurarte una ayuda, y precisamente ahora Egberto se deja atraer en las redes del socialismo. ¡Hay para volverse loco!

Enrique miró tímidamente á su padre y luego se atrevió á decir:

- Quizás no sea tanto como parece; el director puede haber exagerado.

- No, no ha exagerado; mis informes coinciden por completo con los suyos. Aquellos estudios en Berlín han sido fatales para ese muchacho, y hubiera debido percatarme de ello cuando, transcurridos los primeros meses, me escribió que no tenía necesidad de los recursos que yo había puesto á su disposición, porque para mantenerse ganaba lo bastante dando lecciones de dibujo y haciendo otros trabajos análogos. Satisficieronme su orgullo y su independencia y accedí á su indicación, pero ahora veo claro: aquello era el principio de su aberración; aquellos eran los primeros efectos de las compañías que frecuentaba.

- Y ahora, ¿dónde está? ¿En Radefeld? Desde que he vuelto no le he visto.

- Hoy debe de haber regresado y precisamente le estoy esperando.

- ¿Y le hablarás?

- ¡Ya lo creo! Bastante he callado.

- ¡Por Dios, papá, no te muestres duro con él, acuérdate de que...

- ¿Le debo tu vida? Lo recuerdo siempre; pero en cambio Egberto olvida que desde aquel día ha sido tratado como un hijo... No insistas, Enrique, porque tú no entiendes de estas cosas.

El joven guardó silencio sin atreverse á contradecir á su padre, el cual continuó sus paseos por el despacho.

- Y como si todo esto no fuera bastante, ahora sales tú con eso del amor y del matrimonio. ¡Qué prisa has tenido en comprometerte antes de contar con mi consentimiento!, exclamó deteniéndose de repente delante de su hijo.

- Estaba seguro de que me lo darías, y lo mismo opinaba Wildenrod al otorgarme la mano de su hermana. ¿Qué reparo puedes poner á mi elección? Te proporciono una hija guapa, buena..., ¿no has visto el retrato?.., rica, noble, de una antigua familia...

- Todo esto me tiene sin cuidado, dijo el señor Dernburg interrumpiéndole bruscamente. Por muy perfecta que fuese tu elección, debías esperar mi consentimiento, antes de prometerte y de dar conocimiento de ello á toda la sociedad de Niza. Cualquiera creería que se trata de hacer inevitable mi permiso.

- No, papá, no fué esta la razón: lo cierto es que en Niza la gente se había fijado en nosotros y hablaba de nuestras relaciones, en vista de lo cual Oscar me dijo que por consideración á Cecilia y á fin de evitar falsas interpretaciones convenía declarar la verdad.

- De todos modos, fué una ligereza. Pero lo importante ahora es que los informes que he recibido son satisfactorios.

- ¡Ah! ¿Te has informado?

- ¡Naturalmente! Se trata de emparentar con otra familia y es preciso obrar con cuidado. No me dirigi, por supuesto, á Niza para informarme, porque un centro de extranjeros como aquél no es fuente muy digna de crédito, sino que pregunté al país mismo de Wildenrod. Las antiguas propiedades de

esta familia pertenecen hoy al rey, y el mariscal de la corte me ha dado las noticias que deseaba.

- Era un paso superfluo, inútil, dijo el joven con acento de reproche.

- Para ti tal vez; yo en cambio lo consideré necesario, respondió el padre secamente. Los Wildenrod son realmente una antigua familia noble; el viejo barón era algo pródigo, pero, aparte de esto, persona respetabilísima, y á su muerte sus bienes fueron vendidos al rey por un precio bastante elevado y á condición de que la viuda tuviera asegurado un alojamiento en el castillo. Todo coincide con cuanto te ha referido ese señor barón, que me es tan poco simpático.

- ¡Pero si no le conoces! Oscar es un hombre inteligentísimo, verdaderamente superior.

- Puede que sea así; mas ¿qué quieres?, un individuo que apenas muerto su padre vende á toda prisa las propiedades de la familia, aunque sea por un precio alto, y abandona su carrera y hasta su país para correr mundo, me merece poca estimación. Esa vida de bohemios sin patria ni hogar me repugna, y no me parece que el barón dé pruebas de buenos sentimientos haciendo partícipe de esta clase de vida á su hermana.

- Oscar adora á Cecilia, y ésta no ha tenido á nadie más que á él en el mundo; es natural, por consiguiente, que prefieran estar juntos. Por otra parte, el barón no se sentía con fuerzas para dejar á su hermana en manos extrañas.

- Y sin embargo, mejor habría sido esto: privar á una niña de la vida de familia es como minarle el suelo bajo los pies... Pero dejemos esto; Cecilia encontrará aquí esa existencia familiar, y si de veras te ama...

- ¿Cómo me habría aceptado por esposo si no me amara?, exclamó Enrique con energía. Ya te he dicho cómo la cortejaban y la adoraban; todos los hombres se rendían ante ella, que habría podido escoger entre muchos, y sin embargo me ha elegido á mí.

- Y me asombra su elección, porque no tienes ninguna de esas cualidades brillantes que en sus maridos exigen las señoritas acostumbradas á la vida de sociedad. Mas, sea de ello lo que fuere, haremos lo que te he dicho: para mejor conocerles invitaremos á Wildenrod y á su hermana á pasar algunos meses en Odensberg, y luego veremos. Mientras, hazme el favor de no dar más publicidad al asunto, que bastante ha tenido ya.

Dicho esto, el Sr. Dernburg entró en la biblioteca y su hijo se quedó en el despacho, oculto el rostro entre las manos y lanzando un suspiro que parecía un lamento. La manera como su proyecto de boda había sido acogido en su casa le había desilusionado, abatido: habíase imaginado que su padre aceptaría con regocijo su elección, y en vez de esto se había encontrado con un descontento frío, con una inquisición llena de dudas y de sospechas; y el pobre muchacho se sentía desfallecer pensando en la especie de prueba á que su padre se proponía someter á su novia adorada y al orgulloso barón de Wildenrod, antes de consentir en que aquella entrara en la familia. De modo que su padre se reservaba la resolución definitiva.

El ruido de una puerta que se abría distrajo á Enrique de sus tristes pensamientos.

- ¡Oh, Egberto!, exclamó corriendo al encuentro del que entraba.

- ¡Enrique! ¡Bienvenido!, repuso éste tendiéndole las manos. ¡Después de tanto tiempo!

- Sí, es verdad; hace tanto tiempo que falto de aquí, que todo me parece extraño. ¡Cuántos días sin verte!

- También yo he estado ausente dos años, en Inglaterra, y hace poco que he vuelto. Pero ante todo, ¿cómo estás?, dijo acercando á Enrique á la ventana.

Egberto Runeck era un hombre que no podía pasar inadvertido; llamaba la atención por su aspecto y se imponía por el sentimiento de fuerza y de superioridad que en él se adivinaba. No era guapo, pero sí de elevada estatura, tanto que Enrique para mirarle la cara tenía que levantar la cabeza; parecía más viejo que su amigo, aunque ambos eran de la misma edad; su cabellera era espesa, su barba rubia con reflejos rojizos, y su rostro bronceado, lleno de expresión y de energía; y bajo su amplia é inteligentísima frente brillaban dos ojos de un color gris oscuro, fríos y penetrantes como una hoja de acero. Era un hombre que de la vida sólo conocía y buscaba las luchas, no los placeres; pero en aquel momento su expresión, generalmente dura y áspera, había desaparecido y con profunda dulzura contemplaba á Enrique, mirándole de pies á cabeza.

- ¡Oh!, exclamó Dernburg. Estoy completamente

curado. Es verdad que el viaje me ha fatigado algo y que el cambio de clima me molesta un poco; pero esos son achaques pasajeros.

- Sí, pasajeros, repitió Egberto emocionado. Ya te irás acostumbrando nuevamente al Norte.

- ¡Me cuesta tanto! ¡Si supieras lo que me tenía encadenado en aquella hermosa Riviera!

- Ciertamente que tus últimas cartas me daban á entender algo de esto; pero si se trata de un secreto...

- Para ti no, respondió Enrique con el semblante animado por una sonrisa de felicidad. Mi padre no quiere que por ahora se hable de ello, pero á ti ya puedo decírtelo: allí, en la maravillosa Riviera, he encontrado la dicha, una dicha mágica, embriagadora como nunca la había soñado. ¡Si vieras á mi Cecilia con su belleza de ángel, con su gracia divina! ¡Hola! Ya dejás asomar esa acostumbrada sonrisa suave con que acoges todo sentimiento vivo, todo entusiasmo... Eres el Catón de siempre; no has conocido el amor ni quieres conocerlo y no crees en él.

- Siempre he tenido que trabajar, replicó Runeck encogiéndose de hombros; y en una existencia como la mía no queda espacio para el romanticismo. Los hombres de mi clase no tienen tiempo para eso que tú llamas amor.

- ¡Ya sales con tus teorías invariables!, exclamó Enrique con cierto enfado. En tu concepto, el amor no es sino un pasatiempo para los ociosos; no crees en esa fuerza misteriosa, omnipotente, que irresistiblemente atrae y une para siempre á dos criaturas humanas.

- No creo en ello, ciertamente, dijo Egberto con aire de superioridad; pero comprendo que, dado tu corazón sensible, necesitas amar y ser amado. Para ti es esta una cuestión vital, al paso que yo siento y pienso de muy distinta manera y tengo otras miras que nada tienen que ver con los sueños de amor... Conque decías que tu novia se llama Cecilia.

- Sí, Cecilia de Wildenrod... Pero ¿qué te pasa? ¿Conoces este apellido?

Egberto, que efectivamente se había estremecido al oír aquel nombre, clavó en su amigo una mirada extraña, penetrante.

- Parece haber oído hablar en alguna parte de un barón de Wildenrod.

- Mi cuñado. Es heredero único de una familia antiquísima... Pero ante todo ven á contemplar á mi Cecilia, cuyo retrato he traído.

Y diciendo esto, presentó á su amigo la fotografía que estaba sobre el escritorio de su padre. Era una fotografía grande, de exacto parecido, y aunque por la ausencia de los colores no reproducía toda la gracia del original, permitía apreciar por completo la belleza de las facciones y la mirada profunda de aquellos hermosísimos ojos que se clavaba en el que examinaba el retrato. Runeck contempló en silencio aquella imagen, y luego, al encontrarse con la mirada interrogadora de Enrique, le dijo:

- ¡Hermosa joven!

Estas palabras fueron pronunciadas con frialdad; á Enrique le parecieron de hielo, pues aun conociendo la insensibilidad de Egberto para los encantos femeniles, creía que la singular belleza de Cecilia produciría en él alguna impresión. En vez de esto, Egberto se acercó á la mesa para dejar el retrato, cuando sus ojos se fijaron en otra fotografía más pequeña puesta sobre unas tarjetas, y de nuevo brilló en su semblante aquella expresión que había mostrado al oír el nombre de Wildenrod y que se tradujo por una contracción repentina que duró lo que un relámpago.

- ¿Es el hermano de tu novia?, dijo. Se adivina por el parecido entre ambos.

- Sí, es Oscar de Wildenrod, pero no existe semejanza alguna entre Cecilia y su hermano; son dos fisonomías completamente diferentes.

- Pero tienen los mismos ojos, observó Egberto mirando fijamente las dos fotografías.

Después las echó sobre la mesa y miró á otro lado.

- ¿Pero no me das la enhorabuena?, preguntó Enrique molesto por tanta indiferencia.

- Perdóname, estaba distraído; pero ya puedes suponer si te deseo tanta felicidad como mereces. Y ahora permíteme que me despida de ti; tu padre me espera, y bien sabes cuán riguroso es en materia de puntualidad.

- Espera, dijo Enrique pensando en lo que aguardaba á Egberto en la entrevista con su padre. Papá se encuentra ahora en la biblioteca, y no ignoras que cuando está allí no quiere que le estorben; tienes tiempo, por consiguiente. ¿Sabes por qué te ha hecho venir de Radefeld?

- Lo supongo. ¿Te ha hablado de ello?

- Sí, y sus palabras han sido las primeras que he oído sobre este asunto. ¡Egberto, por Dios, piensa bien en lo que haces! Conoces á mi padre, y por esto debes comprender que jamás toleraría dirección semejante en su empresa.

- Porque no admite más dirección que la suya. Y no concibe ni concebirá que el muchacho por él educado é instruido ha llegado á ser un hombre que se permite tener opiniones propias y quiere andar por su propio camino.

- Parece que este camino se aparta mucho del nuestro, murmuró Enrique á media voz. En tus cartas nunca me has hablado de esto.

- ¿Para qué hablarte de ello y excitarte inútilmente? Al fin y al cabo tampoco me habrías comprendido. Siempre has evitado estudiar las cuestiones del día, las exigencias, las luchas del presente; yo en cambio las he estudiado sin cesar y últimamente he vivido en medio de ellas. Si se ha abierto un abismo entre los dos, no es mía la culpa.

- ¿Entre los dos? No, Egberto; nosotros seremos siempre amigos y nada podrá separarnos. Yo te querré siempre, porque mientras viva pensaré que si vivo á ti te lo debo. Todavía me parece sentir aquella caída en el agua helada del río, aquel espanto mortal cuando me vi arrastrado por la corriente, y después la alegría de verme rodeado por tu brazo... Recuerdo, pobre Egberto, cómo me tomaste sobre tus hombros, cómo impedía casi tus movimientos poniendo en peligro tu propia vida... Otro en tu lugar habría abandonado tan peligrosa carga, pero tú conseguiste ponerme en salvo. ¡Qué fuerza hercúlea! ¡Qué heroísmo! ¡Y á los diez y seis años!

- Mejor harías en decir ¡qué baño!, repuso Egberto como molesto por aquellas palabras de gratitud. En resumen, salimos del agua, me sequé y no volví á acordarme más de ello, mientras que tú, después del frío y del espanto, tuviste aquella enfermedad que te puso á las puertas de la muerte, pobre Enrique... Buenos días, Sr. Dernburg.

Este entraba en aquel momento, llevando un libro en la mano, y saludó al joven ingeniero como si nada hubiese sucedido.

- ¿Estabais celebrando vuestra reunión después de tanto tiempo? ¿Cómo encuentras á Enrique, Egberto?

- Parece algo fatigado del viaje y tal vez habrá de cuidarse todavía durante algún tiempo, contestó Runeck contemplando el pálido semblante de su amigo.

- Lo mismo dice el médico. Hoy te encuentro más abatido, Enrique, y lo mejor que puedes hacer es retirarte á tu cuarto á descansar.

Enrique vaciló: pensaba que su intervención podría quizás ser útil en caso de que la conversación entre su padre y Egberto tomara un sesgo demasiado violento; pero el Sr. Dernburg repitió la orden en tono resuelto y el mismo Egberto murmuró:

- Vete á tu cuarto, Enrique; sé complaciente.

Era preciso obedecer; pero Enrique salió apesadumbrado por la idea de su ineptitud y humillado por todas aquellas miradas compasivas que no se dirigían sólo al cuerpo. Ni su padre ni su amigo le consideraban como su igual, sino que le mandaban que se fuera á descansar para evitarle el tener que presenciar una discusión seria, una escena penosa..., y él obedecía agobiado por el peso del convencimiento de su inutilidad.

Quedaron solos Dernburg y Runeck; el anciano industrial habíase sentado para examinar los planos de la conducción de aguas de Radefeld; el joven ingeniero permanecía de pie detrás de la mesa.

- He resuelto adoptar tu plano, Egberto, dijo Dernburg; es el mejor de cuantos me han sido presentados y resuelve todas las dificultades de un modo sorprendente. Tiene algunos pequeños detalles que te haré modificar, pero en conjunto es un proyecto excelente y quiero que las obras empiecen en seguida. ¿Quieres encargarte de su dirección? Te la confío por completo.

Runeck estaba asombrado: esperaba que la conversación empezaría de muy distinto modo, y aquellos elogios de un jefe inteligente, generalmente parco en alabanzas, llenábanle el alma de tanta satisfacción, que el contento se reflejaba en su rostro.

- Con mucho gusto, respondió al fin; pero, según tengo entendido, se ha encargado ya de las obras el ingeniero jefe.

- Mas si ahora dispongo otra cosa, el ingeniero tendrá que obedecer, repuso Dernburg con acento resuelto. Sólo de ti depende dirigir la ejecución de tu plan, ya te lo he dicho. Te otorgaré plenos poderes, pero antes hemos de hablar de otro asunto para que la situación quede bien despejada.

La conversación tomaba al fin el sesgo previsto por Egberto. Este enderezó el cuerpo y con aire se-

rio y altanero se volvió hacia su jefe. ¿Dónde estaba la dulzura que había embellecido aquel semblante á la vista de Enrique? ¿Qué se había hecho del orgullo que las lisonjeras palabras del anciano habían hecho centellear en sus ojos?

- Egberto, hace tiempo que observo en ti un cambio, siguió diciendo Dernburg. Hasta cierto punto pareceme esto natural: has estado tres años en Berlín y dos en Inglaterra, y tus horizontes se han ensanchado; precisamente yo mismo lo he querido así, y por esta razón hice que vieras mundo, para que aprendieses á ver y á juzgar. Pero ahora han llegado á mi oído cosas acerca de las cuales desearía de ti una explicación, y como sabes que no me gustan los circunloquios, vamos al grano. ¿Es cierto que mantienes frecuentes relaciones con los socialistas de la capital? ¿Es cierto lo que éstos van diciendo por ahí, que eres de los suyos? ¿Es cierto que tienes grande intimidad con su jefe Landsfeld?

- Sí, es cierto, respondió sencillamente Egberto. Dernburg, que no esperaba una confesión tan clara, frunció la frente y mirando á Runeck exclamó:

- ¡De veras! ¿Y me lo dices cara á cara y con esa tranquilidad?

- ¿He de negar lo que es cierto?

- ¿Y desde cuando estás afiliado á ese partido?

- Desde hace cuatro años.

- De modo que la cosa empezó en Berlín; me lo figuraba. ¿Y cómo fué que te dejaras coger en esas redes? Es verdad que eres muy joven, pero te creía más prudente.

El tono en que hablaba Dernburg irritaba al joven; pero á pesar de ello, supo conservar la calma y sólo su voz expresó cierta dureza.

- Esta es la opinión de usted y siento que la mía difiera de la suya.

- Por esto, en tu concepto, no debiera ocuparme de ella; pero te equivocas. Las ideas políticas de mis empleados me importan mucho, sólo que jamás discuto con ellos: cuando no me convienen, les despido. El que no quiera estar en Odensberg, que se vaya en buena hora, que á nadie tengo por fuerza, pero el que se quede ha de doblegarse enteramente á mis leyes: ó fuera ó dentro, no admito términos medios.

- Entonces tendré que marcharme, dijo Egberto fríamente.

- ¿Y nos dejarías así, con esa facilidad?

- Ya sé, repuso Runeck con cierta emoción, que soy deudor á usted...

- A mí no me debes nada. Si te he dado educación é instrucción, tú en cambio me has dado la vida de Enrique. Sin ti, mi hijo no existiría; de modo que mirada la cosa desde el punto de vista de los negocios, estamos en paz, y si prefieres marcharte, no tengas escrúpulos, dímelo y asunto concluido.

- Sr. Dernburg, me juzga usted mal, y ya es para mí bastante duro tener que estar contra usted.

- ¿Y quién te obliga á ello, hijo mío, sino esas ideas absurdas en que te has extraviado? ¿Crees que no me costaría un verdadero sacrificio dejar que te marcharas? Considera que no te hablo como jefe, pues con este carácter tiempo ha que habría resuelto el asunto, sino como padre, pues hace años que en mi casa eres como un hijo.

Aquel tono entre paternal y tiránico no produjo el efecto que el anciano esperaba, pues el joven ingeniero respondió, levantando altivamente la cabeza:

- Si esas ideas que usted califica de absurdas me han perdido, á mi perdición me atengo. Hasta los niños salen un día de la tutela, y este día también ha llegado para mí. He aprendido á obrar por mi propia cuenta y no admito ya la tutela de nadie. Cuanto pida usted al ingeniero, estoy pronto á dárselo, pero sólo como ingeniero; mas en lo que toca á esa sumisión ciega que aun de los hombres usted exige, esa ni puedo ni quiero darla. Mi existencia necesita la vía libre.

- ¿Y conmigo no la tienes, acaso?, preguntó Dernburg irritado.

- No. Usted es un padre para sus empleados siempre y cuando se le sometan sin reservas; pero en Odensberg no hay más que una ley, la voluntad de usted, y desde el director hasta el último obrero, todos han de doblegarse sin permitirse nunca tener una opinión suya: en Odensberg no se vive una vida propia; todo el mundo ha de seguir la senda por usted trazada; todos los demás caminos están cerrados.

- ¡Perfectamente! ¡De modo que según tú, soy un tirano! Y sin embargo, tú has hecho siempre cuanto has querido; te he dejado más libertad á ti solo que á todos los demás juntos, y lo he hecho porque..., pero dejemos el porqué.

(Continuará.)

INDUSTRIA ARTÍSTICA MODERNA

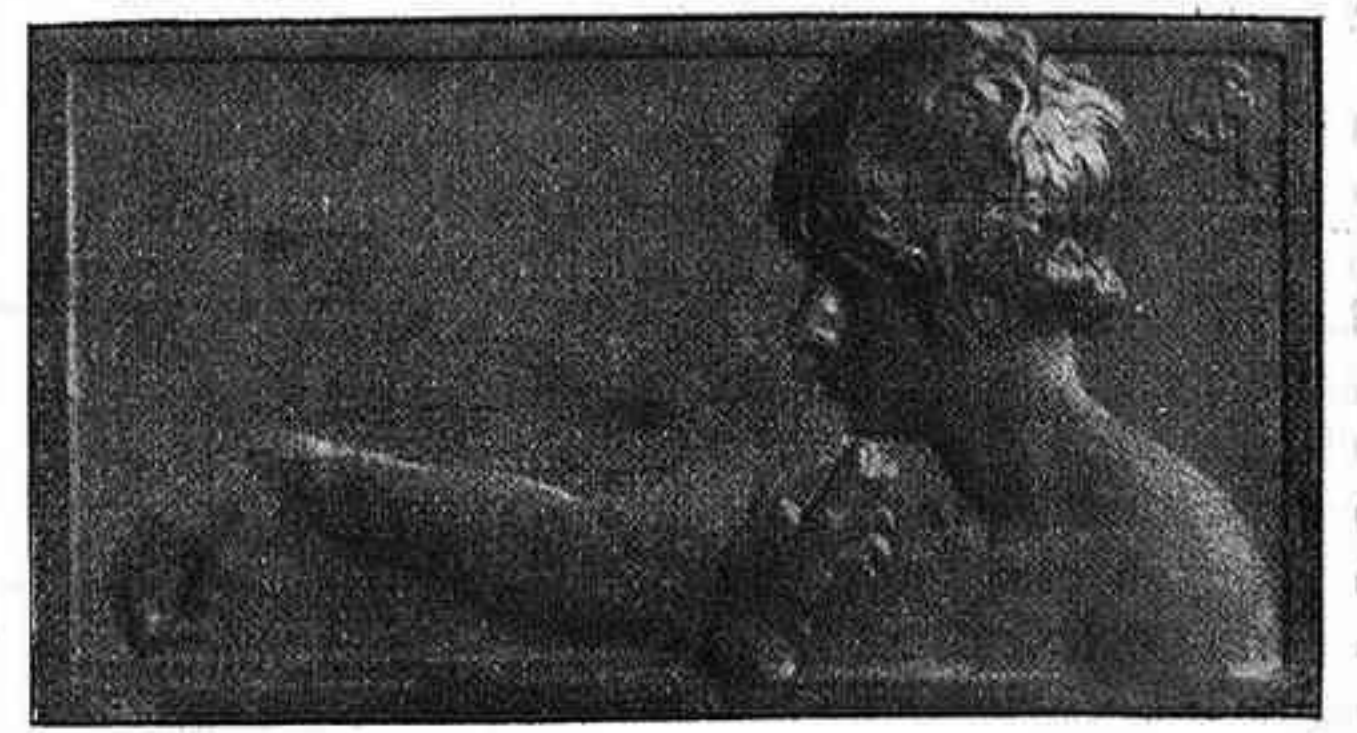
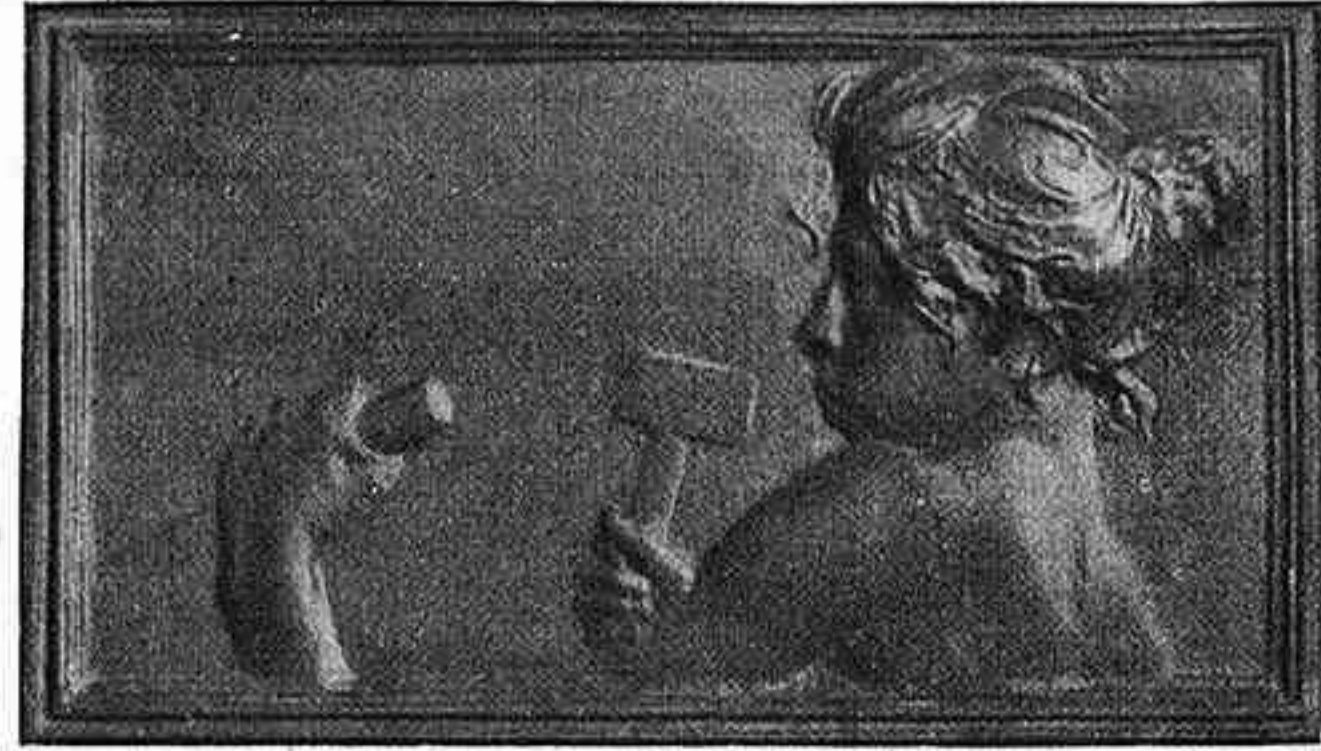
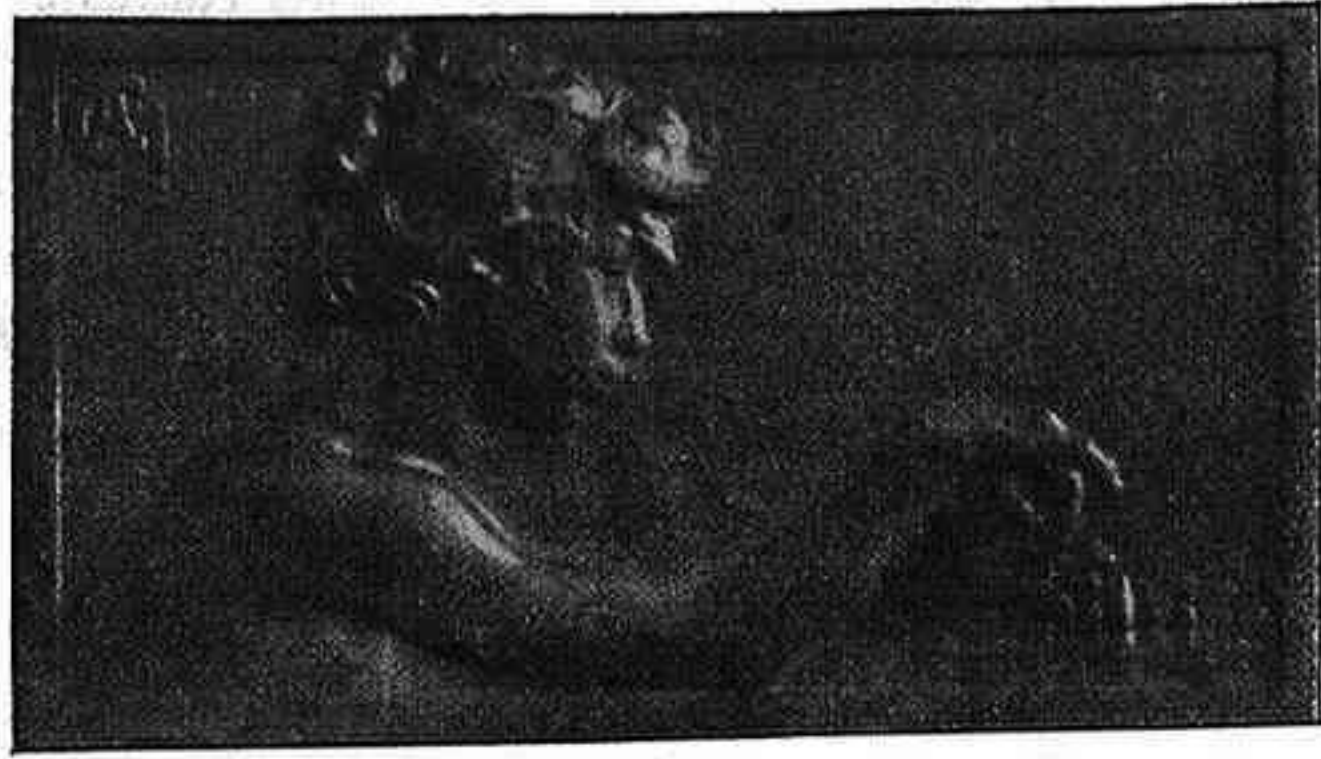
PLANCHITAS EN RELIEVE DE ALEJANDRO CHARPENTIER

En una época que se preocupa de merecer el dictado de artística y de introducir el arte en todas partes, resulta pedante discutir si las planchitas deben ser consideradas como obra de arte ó producto

jores ejemplares, los del Cuatrocento y del Cinquecento, se pagan hoy á precios elevadísimos, diremos que, en nuestro concepto, han de ocupar un puesto preferente en todos los llamados Museos de Industrias Artísticas que quieren dar una verdadera idea del arte. Aquellas antiguas obras merecen esto tanto como los preciosos ornamentos japoneses que en tales museos se coleccionan, no por mero deporte

nado el renacimiento de las medallas modernas. De aquí que todo cuanto han producido los Roty, Chaplain, Dupuis, por muy original, por muy independiente que sea, aparece siempre como eco del período de los grandes medallistas y planchistas italianos.

Las obras de Alejandro Charpentier que nos han inspirado las anteriores consideraciones, tienen, en



EL AJEDREZ. - LA ESCULTURA. - EL DOMINÓ, planchitas en bronce fundido de Alejandro Charpentier

de la industria artística. Y sin embargo, dada la definición de la planchita ó *plaque*, como dicen los franceses, se ve que tal cuestión no puede ser rechazada de plano por ociosa.

Con el nombre de *plaquettes* designanse en Francia las planchitas en relieve en bronce ó estaño fundidos que como objetos de ajuar ó de adorno se colocan en pequeños altares domésticos, tabernáculos, arquillas, puños de espada, broches, tinteros, candelabros, lámparas, jarrones, campanillas, etcétera. Con más frecuencia, empero, las encontramos como tablitas sueltas y no pocas veces sirven de modelos para múltiples reproducciones en varios metales. Hace cosa de medio siglo, llamó la atención la finura de los relieves de tales objetos, y la historia del arte descubrió en ellos una verdadera mina para el conocimiento del pequeño arte ó de la «industria artística.»

La inmensa mayoría de planchitas que conocemos, y que en todos los museos son solícitamente coleccionadas, datan de los siglos xv y xvi. Los más ilustres artistas, como por ejemplo Donatello, han dejado, además de sus grandes obras plásticas, multitud de estas planchas. Estas planchitas son, en su mayor parte, rectangulares, pero muchas son también redondas ó de forma caprichosa, según el sitio, mueble ú objeto que con ellas ha de adornarse; y los asuntos de las mismas varían según el carácter del utensilio á que se aplican: son, por consiguiente, religiosos ó profanos, y durante los primeros tiempos del Renacimiento contribuyeron en alto grado á la propaganda del arte antiguo. También vemos en muchas de ellas alegorías y no pocas veces cuadros.

Este es el punto de contacto de las planchitas con el arte de las monedas conmemorativas ó medallas, sucediendo que no sólo los profanos consideran como una misma cosa las medallas y las planchitas, sino que también en más de un monetario vemos coleccionadas asimismo esas planchas y en más de una colección de industrias artísticas plásticas aparecen juntos en un mismo grupo ejemplares de una y otra clase. Y en realidad unos y otros objetos coinciden en su modo de ser artístico; todos son piezas pequeñas de marcado carácter

etnográfico, sino más bien por su condición artística.

Son extraordinarias las enseñanzas que en las antiguas planchas y medallas pueden aprenderse, tales como la manera según en ellas está tratado el relieve

verdad, un espíritu moderno. La concepción plástica de este artista no parece haber buscado gran apoyo en el pasado, y sin embargo Charpentier, ese escultor casi impresionista, ha estudiado en los antiguos maestros, si bien parece más libre en la composición. En un punto se ha acordado de la antigua significación de la planchita como arte industrial; en efecto, multitud de sus numerosas labores de este género han sido concebidas y ejecutadas como guarniciones ó incrustaciones para muebles, arquillas y toda suerte de espacios; á esta clase pertenecen las que en esta página reproducimos.

Es admirable la habilidad de Charpentier para dar los debidos tonos al bronce y al estaño y el talento con que sabe poner en armonía el tono, el relieve, los grupos, con el objeto que han de adornar. Las formas de sus creaciones son unas veces grandiosas y enérgicas, y otras sutiles y delicadas, y sus figuras demuestran el más profundo y completo estudio de la realidad; el más ligero examen de las planchitas que publicamos, será la mejor confirmación de lo que dejamos indicado. - Z.

DESARROLLO

DE LA INSTRUCCIÓN TÉCNICA EN ALEMANIA

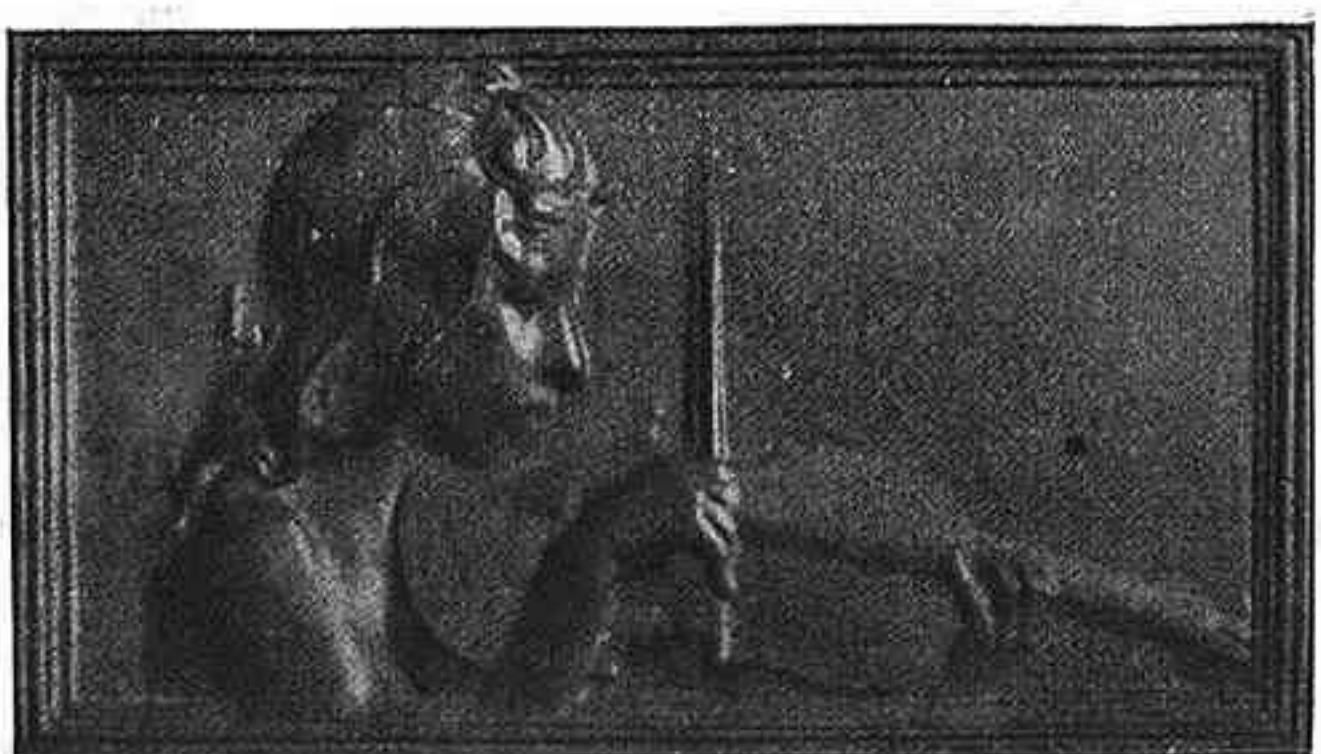
Ninguna nación puede rivalizar con Alemania desde el punto de vista de la instrucción técnica. Desde principios del siglo pasado, el desarrollo de esta instrucción ha seguido paso á paso los progresos de la industria manufacturera, con la cual ha estado constantemente enlazada. Hace sesenta años, el célebre Liebig había formado ya una escuela de química anexa á sus fábricas, en la cual cincuenta estudiantes se familiarizaban con la práctica de la industria; y ya en 1827 todas las universidades poseían su laboratorio de química. En la actualidad, 10.000 químicos están empleados en las fábricas alema-



AMOR DE MADRE, planchita en bronce fundido de Alejandro Charpentier

nas, en donde trabajan en la solución de los problemas que tienen por objeto el perfeccionamiento de los procedimientos y la disminución del precio de coste. La industria azucarera puede ser considerada como

El tipo de la manufactura alemana que mejor se ha aprovechado del desarrollo de la instrucción técnica. En 1840, las 150.000 toneladas de remolacha tratadas producían 8.000 toneladas de azúcar en bruto, ó sea una producción de 5½ por 100; veinte años después, 1.500.000 toneladas de remolacha dieron



EL VIOLÍN. - LA PINTURA. - EL CANTO, planchitas en bronce fundido de Alejandro Charpentier

industrial, puesto que no pretenden la gloria de ostentarse de una manera abstracta y á cierta altura, como sucede, por ejemplo, con las estatuas.

Si de las anteriores observaciones queremos sacar una deducción para saber el lugar que han de ocupar estas pequeñas y bellísimas labores, cuyos me-

Todas estas cualidades hacen que estos objetos tengan gran importancia desde el punto de vista industrial, y por lo mismo que pueden ser tomados por modelo, gracias al arte admirable que encierran, han estimulado después de muchos, muchísimos años, á los artistas contemporáneos y han determi-

El tipo de la manufactura alemana que mejor se ha aprovechado del desarrollo de la instrucción técnica. En 1840, las 150.000 toneladas de remolacha tratadas producían 8.000 toneladas de azúcar en bruto, ó sea una producción de 5½ por 100; veinte años después, 1.500.000 toneladas de remolacha dieron

128.000 toneladas de azúcar, ó sea un 8 por 100 aproximadamente; y el año pasado, 12.000.000 de toneladas de remolacha han dado 1.500.000 de azúcar, es decir, un 13 por 100. Este aumento de producción se debe enteramente á los progresos del procedimiento científico.

La fabricación de colores y la tintorería presentan análogo desenvolvimiento. Desde 1874 á 1898, la cifra de negocios de la industria tintórea alemana ha subido de 30 á 150 millones de francos, gracias al constante trabajo de sus químicos. Otro ejemplo

tenemos en la fabricación del añil artificial, procedimiento descubierto en Alemania hace treinta y cinco años: esta fabricación ocupaba al principio á unos cuarenta obreros; hoy cuenta 6.000 con un estado mayor de 150 químicos. Sabido es que vendiendo el añil artificial á bajo precio, los alemanes han arruinado casi por completo la industria india del añil natural.

Hace un siglo, los ingleses y los franceses llevaban considerable ventaja á los alemanes en punto á fabricación de instrumentos científicos; pues bien,

esta industria ha más que triplicado de quince años á esta parte en Alemania, en donde ha llegado á ser casi un monopolio, acusando las más recientes estadísticas una cifra de exportación de 1.600.000 francos de instrumentos, fabricados por 14.000 obreros.

El departamento del Comercio y de la Industria, que ejerce la inspección de la enseñanza técnica, es un gran auxiliar de la industria manufacturera alemana, á la que proporciona de esta suerte inteligente personal. - X.

PUBLICACIÓN NOTABLE

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

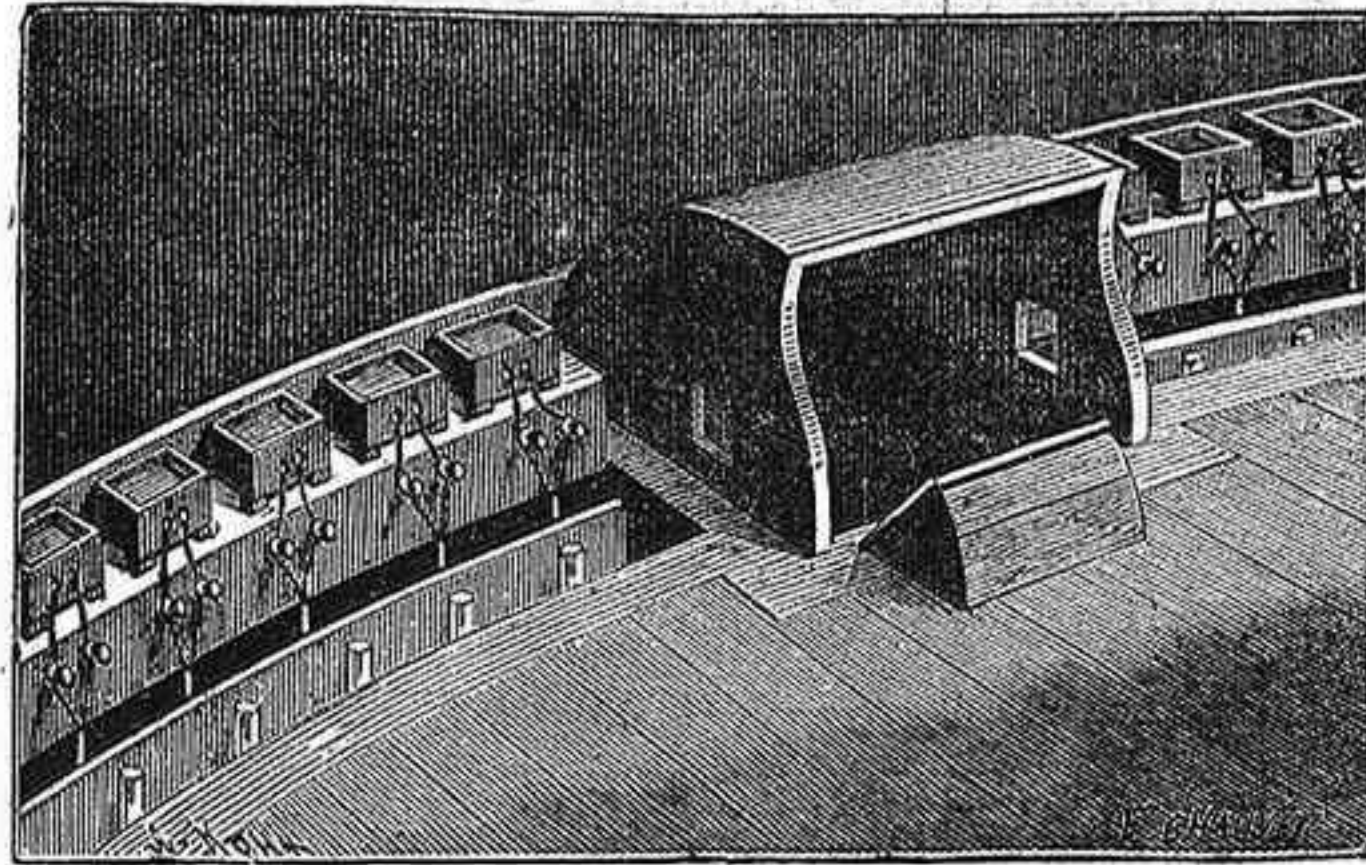
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona.



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el Calor nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la Meteorología se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Venta annual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.

Harina Lacteada
NESTLÉ

ALIMENTO COMPLETO
para Niños y Viejos.
Contiene la Leche pura de Suiza.
Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

VINO NOURRY

ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
MEDICAMENTO - ALIMENTO
El más poderoso REGENERADOR
Prescrito por los Médicos

Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.

102, Rue Richelieu, PARIS
EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOIRE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

LA PROCESIÓN DEL CORPUS, sainete en un acto y en prosa, original de Antonio Casero y Alejandro Larrubiera. — Esta obra, estrenada con buen éxito en el teatro de Lara de Madrid, es un animado cuadro de costumbres madrileñas, con tipos bien estudiados, hábil movimiento escénico y muchos chistes de buena ley. Ha sido editada por la Sociedad de Autores Españoles.

EL SACRIFICIO DE ELISA, por la señorita Braddon. — Novela de costumbres, de argumento dramático, abundante en escenas tiernas y conmovedoras que despiertan el interés del lector desde el primer momento. La Srta. Braddon es maestra en la pintura de tipos, que resultan perfectamente observados y que se retratan por sí mismos, por sus palabras y por sus actos sin necesidad de que la autora los describa. El libro, correctamente traducido por Alfredo Elías y Pujol, ha sido editado por la casa Appleton y C.ª de Nueva York.



EL DUELO, cuadro de T. Couture

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista semanal ilustrada; Revista Comercial Hispano-americana, mensual ilustrada; Revista Hortícola, mensual; Boletín de la Tarjeta postal ilustrada, mensual; España Cartófila, quincenal; La Opinión Postal, tres veces al mes (Barcelona); Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer, mensual (Villanueva y Geltrú); La Lectura, revista semanal ilustrada; Revista Contemporánea, quincenal; La Fotografía, revista mensual ilustrada; Bibliografía Española, revista quincenal; La mujer en su casa, revista mensual ilustrada; Sol y sombra, semanario taurino ilustrado; La Razón, periódico semanal (Madrid); Gaceta Médica de Granada; revista quincenal; Boletín de los Colegios de Médicos y Farmacéuticos de Castellón, revista quincenal; El Serrano, semanario (Fregenal de la Sierra); El Heraldo, semanario (Linares); El Peruano, boletín oficial del Perú; Revista del Centro Universitario de la Plata, mensual (La Plata, R. Argentina).

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE Bⁿ BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS
JORET Y HOMOLLE
 CURA
**LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS**
 F^{ta} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
 Personas que conocen las
**PÍLDORAS
 DEL DOCTOR
 DEHAUT**
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 centimos de peseta la
 entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite
 dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,
 Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
 Boca, Efectos perniciosos del Mbrucio, Irrita-
 cion que produce el Tabaco, y especialmente á
 los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS,
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la
 omision de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES
 DEL ESTOMAGO**
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
 riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARCOSA
 ARRUGAS PRECOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^{ia} Bⁿ St-Denis, 46

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Esputos de sangre, los Catarros, la
 Disenteria, etc. Da nueva vida
 á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris, — 50 AÑOS de éxito.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN